



Fruitlands

Una experiencia trascendental

Una AVENTURA UTÓPICA de

LOUISA MAY ALCOTT

TRADUCIDA *por* CONSUELO RUBIO ALCOVER

Y CON UN POSFACIO *de* PILAR ADÓN

IMPEDIMENTA

Fruitlands

Una experiencia trascendental



Louisa May Alcott

*Traducción del inglés a cargo de
Consuelo Rubio Alcover*

*Posfacio de
Pilar Adón*



IMPEDIMENTA

La historia real de la comuna utópica en que vivió la familia de la autora de «Mujercitas». La singular y tierna crónica de un experimento desastrosamente maravilloso.

«La independencia intelectual de Louisa May Alcott puso en tela de juicio las convenciones sociales de su tiempo. Sus opciones vitales y su legado literario siguen inspirando a generaciones enteras de mujeres.»

Susan Cheever

Louisa May Alcott: una semblanza



por Julia García Felipe

Louisa May Alcott nació en Germantown, en Pensilvania, el 29 de noviembre de 1832, media hora pasada la medianoche, durante el trigésimo tercer cumpleaños de su padre, el educador y filósofo trascendentalista Amos Bronson Alcott. Tuvo tres hermanas: Anna, Lizzie y Abigail. En cuanto a su madre, Abba May, fue una de las primeras trabajadoras sociales remuneradas en Massachusetts.

Desde su nacimiento, Louisa May Alcott destacó por su viveza de espíritu; era como una extraña fuerza de la naturaleza. Apenas lloraba, nunca se ponía enferma y pasaba todo el día fuera de casa, corriendo y aprendiendo, tratando de saciar su infinita curiosidad. Su padre fue quien la educó, junto con sus hermanas, a las que observaba y estudiaba desde niñas para probar sus teorías sobre la educación; antes de que cumpliera tres años, el cuaderno de observaciones sobre la pequeña Louisa tenía ya 300 páginas.

Debido a la incapacidad del padre de familia para mantener un trabajo fijo, los Alcott vivían en unas condiciones económicas inestables y las niñas pasaron su infancia mudándose continuamente. En 1834 se trasladaron por primera vez a Boston, Massachusetts, don-de Bronson había conseguido financiación por parte de un benefactor para cumplir su sueño de montar una escuela con métodos alternativos de enseñanza: la llamó Temple School.

Durante los años que permaneció activa, la escuela contó en su plantilla con profesoras como Elizabeth Peabody (escritora, educadora y la primera mujer en abrir una guardería en los Estados Unidos) o Margaret Fuller (periodista, profesora y activista por los derechos de las mujeres). Pero pronto las discrepancias en la organización interna de la escuela comenzaron a causar problemas, y los métodos poco ortodoxos de Alcott fueron motivo de cierta controversia, por lo que algunos miembros de la comunidad terminaron denunciándolos en la prensa por «blasfemos», provocando así que la Temple School fuese perdiendo alumnos hasta que cerró definitivamente en 1840.

La familia volvió a trasladarse, esta vez al campo, a una casa junto al río Sudbury en Concord, Massachusetts. Los casi tres años que pasaron en la propiedad supusieron un oasis de calma para la joven Alcott, quizá en comparación con las más de veinte mudanzas que iban a hacer en casi treinta años. Pero pocos americanos han intentado reconstruir un edén tardío tan apasionadamente como Amos Bronson Alcott, por lo que en 1843 arrastró a la familia a una nueva —y esta vez arriesgada— aventura y pasaron un breve periodo de menos de un año en la comunidad de Fruitlands, un refugio utópico y trascendentalista que fracasó estrepitosamente. Tras el colapso del experimento, los Alcott deambularon por habitaciones de alquiler hasta que, finalmente, con el dinero de una herencia y la ayuda financiera de un amigo compraron una propiedad en Concord, que poco después venderían al escritor Nathaniel Hawthorne, amigo de la familia. Tendrían que esperar hasta 1858 para instalarse definitivamente en Orchard House, la propiedad de ensueño que la escritora reproduciría como el hogar de las hermanas March en *Mujercitas*.

Alcott pasó sus años de formación bajo la tutela no solo de su padre, sino de algunos de sus amigos, figuras intelectuales y escritores importantes de la época, miembros del mismo grupo trascendentalista al que Amos Bronson pertenecía, como Henry David Thoreau, Ralph Waldo Emerson o Nathaniel Hawthorne. La joven escuchaba atenta durante sus reuniones, formándose su propia opinión, pero incapaz de resistirse al espíritu de cambio y perfección que reivindicaban su padre y sus conocidos. Además, en el seno de su familia, Alcott se crio como una aguerrida abolicionista y feminista. Leyó la

Declaración de sentimientos, publicada por la Convención de Seneca Falls sobre los derechos de las mujeres, abogando desde entonces por el sufragio femenino, hasta llegar a convertirse en la primera mujer en registrarse para votar en Massachusetts en unas elecciones.

Pero, pese a la gran riqueza intelectual que los rodeaba, la pobreza era una realidad constante en la vida de los Alcott. La década de los cincuenta fue dura para la familia y las hermanas y su madre tuvieron que contrarrestar el espíritu poco eficiente del padre trabajando desde muy jóvenes. Louisa tuvo toda clase de empleos, desde profesora a limpiadora, pasando por costurera o institutriz. Fue la necesidad lo que la llevó a la ocupación que se convertiría en la vocación de su vida: la escritura. A los veinte años, estaba decidida a dedicarse al oficio. En una carta a su padre, escribió: «Voy a convertir mi cerebro en dinero a través de las historias», y pronto sus cuentos empezaron a aparecer regularmente en publicaciones locales. Aprendió a adaptar su material a diferentes contextos y experimentó con varios estilos de ficción, adquiriendo cada vez más habilidades y confianza. Su primer libro, *Flower Fables* (1854), fue una recopilación de los relatos que había escrito años antes como un regalo para su amiga Ellen, hija de Emerson. La escritura se convirtió pronto en su vía de escape frente a las penurias de su vida, y en 1854 encontró el consuelo que necesitaba en el Teatro de Boston, para el que escribió *The Rival Prima Donnas*, su primera obra teatral.

Durante 1857, Louisa May Alcott leyó la biografía de algunas escritoras a las que admiraba (como Elizabeth Gaskell o Charlotte Brontë) y encontró muchos paralelismos con su propia vida, lo que le generó una poderosa conciencia de autora, el paso definitivo para abandonar la infancia y el nudo familiar, justo antes de la tragedia que rompería la Arcadia de los Alcott para siempre y la arrojaría directa a la vida adulta. En 1858, un año después de volver al hogar, su hermana menor Lizzie murió y su hermana mayor, Anna, se casó con un hombre llamado John Pratt. El matrimonio y la muerte, dos modos de separación, dos tragedias que para ella supusieron una ruptura feroz y terrible de su noción de la hermandad, y que reproduciría para siempre en sus obras.

En 1860, Alcott ya se dedicaba profesionalmente a escribir para la revista

The Atlantic Monthly. Pero en 1861 estalló la guerra de Secesión y abandonó la escritura para ayudar como enfermera en el Hospital de Georgetown entre 1862 y 1863. Tenía la intención de trabajar durante tres meses, pero al mes y medio, por culpa de las condiciones insalubres, contrajo la fiebre tifoidea. A partir de esa experiencia, reflejada en las cartas que envió a su casa el tiempo que permaneció en el hospital, escribió *Hospital Sketches* (1863), la primera obra que le valió el reconocimiento de la crítica y que se convirtió en un auténtico *best seller*. A partir de ese éxito, Alcott se dedicó a escribir novelas para jóvenes bajo el seudónimo de A. M. Bernard, como *Moods* (1865), *A Long Fatal Love Chase* (1866) o *Tras la máscara* (1866). Y también cuentos infantiles y novelas para adultos. Todas sus historias, apasionadas y sensacionales, estaban protagonizadas por personajes femeninos fuertes e inteligentes.

Pero el verdadero punto álgido de su carrera no llegaría hasta 1868, cuando Thomas Niles, su editor, le recomendó que escribiera un libro «para chicas», el público lector con más demanda en la época. Al principio ella se resistió, inmersa en ese momento en el proyecto de publicación de sus cuentos, pero Niles y su padre la convencieron para que escribiera la novela primero. Se entregó afanosamente a su escritura durante dos meses y medio, basándose en su experiencia y en la de sus hermanas durante su infancia en Concord. La novela, titulada *Mujercitas*, fue publicada por primera vez el 30 de septiembre de ese mismo año, y su éxito fue tan arrollador que vendió miles de ejemplares y cientos de lectoras escribían diariamente a la autora para pedir que escribiera una segunda parte. Además, la crítica de su época supo apreciarla como una auténtica revolución de la literatura decimonónica, así como de la literatura norteamericana; una novela capaz de criticar y reinventar a la vez las «guías de conducta para señoritas», tan populares en la época. *Mujercitas* convirtió a Louisa May Alcott, de un día para otro, en una de las autoras más relevantes de su generación y le hizo tomar conciencia de lo real que era el sueño que ella y su padre compartían: la capacidad de la escritura para transformar el mundo.

En 1871, escribió *Hombrecitos*, la segunda novela de la saga en torno a las hermanas March, que había empezado con *Mujercitas*. A partir de entonces

Alcott se dedicó por entero a la escritura. Trabajó redactando artículos para el periódico feminista *Woman's Journal*, jamás se casó ni tuvo hijos, pero se consagró como autora con infinidad de novelas que fueron grandes éxitos de crítica y público, y formó parte activa, junto con autoras como Elizabeth Stoddard, Rebecca Harding Davis o Anne Moncure Crane, de un grupo de escritoras preocupadas por retratar la problemática femenina desde un nuevo punto de vista, moderno y alegre, pero aun así comprometido.

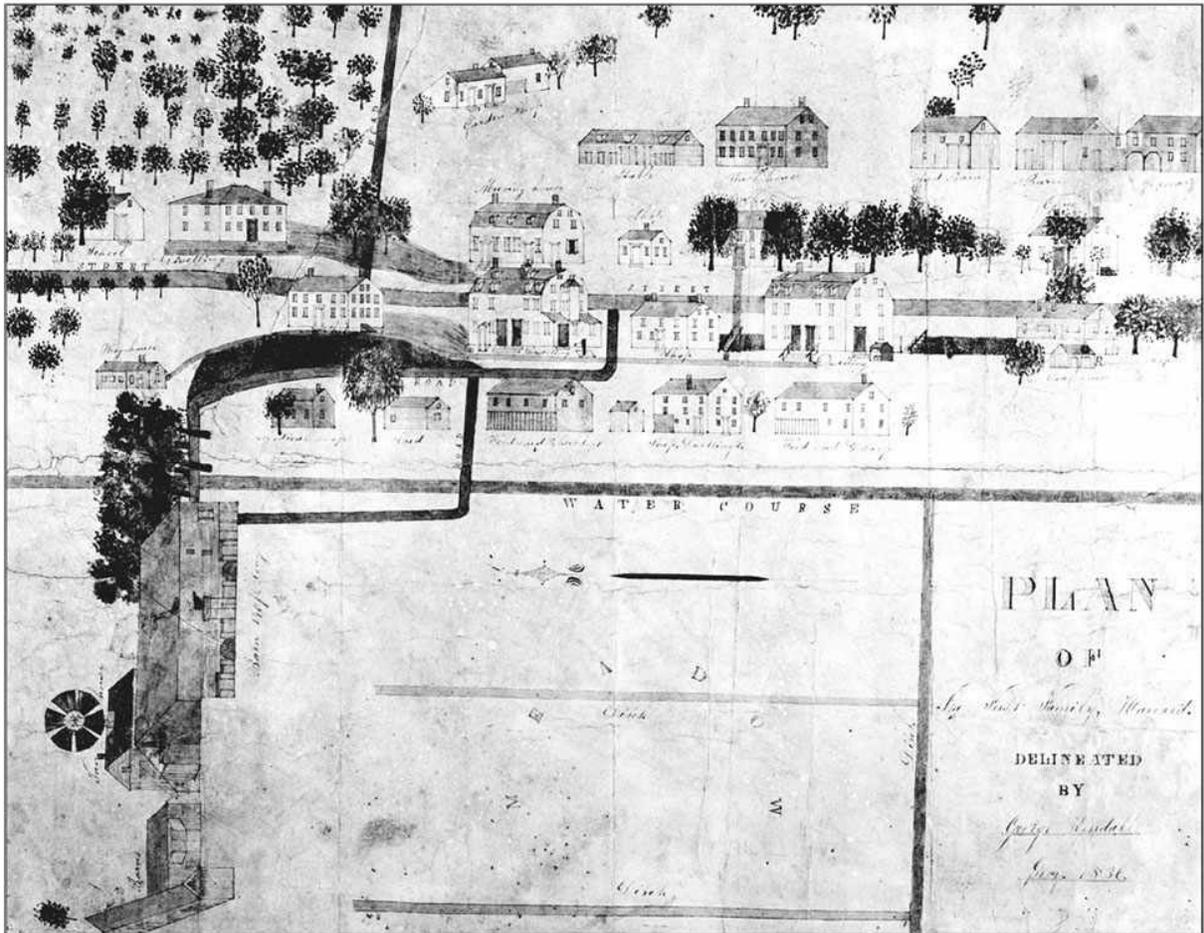
En 1873 escribió un cuento, «Fruitlands», con el que parodió las experiencias que compartió con su familia en el tiempo que pasaron en la comuna de ese mismo nombre. Además, mientras vivió siguió escribiendo con frecuencia en sus diarios, que continuaría hasta que murió, en los que instaba a sus lectoras a desafiar las normas sociales con respecto al género, como ella misma había hecho.

Después de la muerte de su madre en 1877, y de su hermana Abigail en 1879, Louisa se hizo cargo del cuidado de la niña de Anna, a quien estaba muy unida y que llevaba su mismo nombre; así como de su padre, cuya salud había empeorado enormemente después de la muerte de su mujer. Amos Bronson y su hija pasaban todo el tiempo del que disponían juntos. Pero ella también estaba enferma, y era muy consciente de la gravedad de sus problemas de salud crónicos, que siempre había achacado al hecho de haber ingerido mercurio en su época en el hospital durante la guerra.

Cuando su padre estaba ya postrado en cama al final de su vida, Alcott fue a visitarlo a Louisburg el 1 de marzo de 1888, a escasos tres días de que falleciera. Amos Bronson, tumbado de lado, le pidió que se acercara a él y le dijo: «Voy a subir, ven conmigo»; a lo que ella respondió: «Ojalá pudiera». Finalmente, Louisa May Alcott murió de un derrame cerebral a los 55 años en Boston, el 6 de marzo de 1888, dos días después de la muerte de su padre. Fue enterrada en el cementerio de Sleepy Hollow en Concord, cerca de sus mentores y amigos Emerson, Hawthorne y Thoreau, en una colina ahora conocida como Author's Ridge.

Fruitlands

Capítulo de un romance no escrito



«Plan of the first (church) Family», Harvard. Diseño de George Kimball, 1836 (Museo Fruitlands). Planos de una comunidad de la Iglesia *shaker* en Shaker Road (Harvard, Worcester County, Massachusetts), en el mismo condado en que se situaba Fruitlands.

Los personajes de Fruitlands, junto a las personas reales que los inspiraron, miembros todos de la comuna:

Abel Lamb: Bronson Alcott

Timon Lion: Charles Lane

Hope Lamb: Señora Alcott

Sus hijas: Anna, Louisa, Elizabeth y May

Hijo de Timon Lion: William Lane

Moses White: Joseph Palmer

John Pease: Samuel Bower

Wood Abram: Abram Wood

Forest Absalom: Abraham Everett

Jane Gage: Anne Page

Era el primer día de junio de 184— y un carromato recorría ciertas colinas de Nueva Inglaterra. Su marcha era pesada, pues lo arrastraba un caballo menudo e iba repleto de variopintas mercancías. Por gozosa compañía llevaba al viento, a la lluvia y al granizo. Lo conducía un hombre sereno, con un niño sereno sobre la rodilla, aunque casi sería mejor decir que estos se dejaban conducir, pues el caballito avanzaba a su aire por el camino. Sentado junto al hombre, un chaval moreno agarraba firmemente un busto de Sócrates. Algo en su semblante evocaba la efigie de William Penn. Detrás de ellos iba una mujer con aspecto enérgico y un entrecejo benevolente, una boca sardónica y los ojos rebosantes de esperanza y coraje. Un bebé reposaba en su regazo, un espejo inclinado se apoyaba contra su rodilla y un canasto de provisiones bailoteaba en torno a sus pies mientras ella maniobraba con un paraguas grande y revoltoso. Dos niñas ojizarcas, con las manos llenas de tesoros infantiles, iban sentadas debajo de un viejo chal, conversando alegremente.

Delante de este jovial grupo merodeaba un hombre alto, de facciones afiladas, que vestía un capote largo y azul. Una cuarta niña avanzaba a su lado. Iba abriéndose camino entre el barro con vehemencia, y hasta parecía disfrutarlo.

El viento silbaba por encima de las abatidas colinas, el agua caía en forma de lúgubre llovizna, y el ocaso se cernió sobre el paisaje. Pero los ojos del hombre tranquilo penetraban la niebla con la misma calma que si tuviera ante sí un radiante arco de promesas extendiéndose por la grisura del cielo. La mujer de aspecto animoso desplegó el gran paraguas para cubrir a todos sus acompañantes, olvidándose solo de su propia cabeza. El chaval moreno había convertido la calva coronilla de Sócrates en almohada y descabezaba ya un sueñecito, la viva imagen del sosiego. Las niñas les cantaban nanas a sus muñecas, murmurando las letras con cadencia suave y maternal. El caminante de la nariz afilada, por su parte, no había aminorado la marcha, sino que

continuaba tenaz, al mismo ritmo. Tras él, la estela de su capote azul ondeaba al viento como una banderola, y la vivaracha chiquilla seguía chapoteando en el lodo de los charcos como un patito, tan ufana que daba gusto verla.

Así de esperanzados viajaban estos peregrinos modernos, que abandonaban el viejo mundo dispuestos a fundar uno nuevo en tierras salvajes.

Los editores de *El trípode trascendental* habían recibido de los señores Lion y Lamb (dos de los peregrinos mencionados arriba) una comunicación de la que se extrae el siguiente manifiesto:

Hemos llegado a un acuerdo con el dueño de un predio de unos cien acres para que libere estos terrenos del yugo de la propiedad humana. Allí pondremos en marcha nuestro proyecto de fundar una Familia que viva en armonía con los instintos primitivos del hombre.

No tenemos por objetivo llevar a cabo una explotación tradicional y profana de la tierra. La fruta, el cereal, las legumbres, el lino y otros productos de origen vegetal recibirán cuidados asiduos y por ello mantendrán sobradamente ocupadas nuestras manos, a la par que proporcionarán castas vituallas para satisfacer las necesidades del cuerpo. Es nuestra intención adornar los pastos con huertos, y, en el laboreo de la tierra, sustituiremos el ganado por la pala y la podadera.

Consagrada a la libertad humana, la tierra está esperando recibir los sobrios cuidados de los hombres devotos. Al iniciarse con escuetos medios pecuniarios, esta empresa toma como raíz la confianza en el socorro de la Providencia, que siempre provee generosamente. Las afinidades vitales quedan avaladas por esta alianza del campo incorrupto con personas alejadas de lo mundano, y por ende eludimos las preocupaciones y los percances de una vida entregada al lucro.

En ningún momento se negligea la naturaleza íntima de ningún miembro de la Familia. Nuestro plan contempla el cultivo de todas aquellas disciplinas y hábitos que conduzcan indudablemente a la purificación de los internos.

Entregados por entero al espíritu, los fundadores no prevén un incremento acelerado ni abundante de la población. Solo se accede al reino de la paz franqueando las puertas del sacrificio y del olvido de sí; la felicidad será prueba, a la par que recompensa, de nuestra lealtad a la ley inalterable del Amor.

Este Edén del futuro consistía, de momento, en una vieja casa de labranza de color rojo, un establo desvencijado, muchos acres de pradera y un bosquecillo. Por ahora, diez manzanos antiquísimos constituían la única fuente de «castas vituallas» que el paraje podía proveer. Pese a todo, inspirados por la firme creencia de que pronto emanarían exuberantes huertas de sus íntimas conciencias, estos rubicundos fundadores habían dado en bautizar sus dominios con el nombre de Fruitlands.

Timon Lion proyectaba fundar allí una colonia de los Santos de los Últimos Días, que bajo su patriarcal ascendiente regeneraría el mundo y glorificaría por siempre su nombre. Abel Lamb, animado por la más devota fe en el alto ideal, que para él era verdad hecha carne, ansiaba plantar allí un Paraíso donde la Belleza, la Virtud, la Justicia y el Amor pudieran convivir felizmente, a salvo de la intromisión de la serpiente. Y su esposa, no conversa pero fiel hasta el final, albergaba la esperanza de hallar allí descanso para sí misma y un hogar para sus hijas, después de mucho vagar por la faz de la tierra.

—He aquí nuestra nueva morada —anunció el entusiasta peregrino mientras tomaban una curva. El agua que chorreaba por el ala de su sombrero no conseguía empañar la satisfacción de su sonrisa. Así enfilaron el camino de herradura, que serpenteaba por una empinada ladera hasta internarse en el valle de aspecto baldío.

—El acceso es algo difícil —observó su esposa, siempre pragmática, mientras hacía esfuerzos ímprobos para evitar que los distintos accesorios domésticos se cayeran del arca atiborrada, que zozobraba con cada bandazo.

—Como todo lo bueno. Pero aquellos que tengan un anhelo sincero y que perseveren en su búsqueda pronto nos encontrarán —respondió sosegadamente el filósofo desde el barro, por el que estaba intentando arrear al terco rocín.

—La Verdad reside en el fondo de un pozo, Hermana Hope —dijo el Hermano Timon, al tiempo que hacía una pausa para separar a su menuda camarada de una verja a la que se había encaramado, buscando una vista más clara hacia el futuro.

—Supongo que ese es el motivo por el que a nosotros rara vez nos resulta asequible —replicó la señora Hope aferrándose al espejo. Pero toda su porfía fue vana, pues una súbita sacudida se lo arrancó de las manos y lo hizo volar por los aires.

—No queremos ningún reflejo engañoso por aquí —dijo Timon esbozando una sonrisa adusta. Y los fragmentos que pisó crujieron bajo sus pies mientras él proseguía la ruta, incansable.

La Hermana Hope mantuvo la calma y miró con melancolía hacia lo lejos,

tratando de distinguir en mitad de la niebla el hogar que le habían prometido. La vieja casa roja, que lanzaba hospitalarios destellos desde las ventanas, le alegró la vista. Teniendo en cuenta el cariz del cielo, les ofrecería un refugio más adecuado que esas selváticas pérgolas de fronda que quizá algunas de las almas más fervientes habrían preferido.

Los recién llegados fueron recibidos por uno de los benditos elegidos, un granjero regenerado cuya idea de la reforma consistía fundamentalmente en llevar ropajes de algodón y calzado de piel sin curtir. Este atuendo, junto con su barba nivosa, le confería un porte venerable y al mismo tiempo, en cierto modo, nupcial.

Como aún no habían llegado los bienes y enseres de la Sociedad, la fatigada familia se sentó a reposar delante del fuego sobre tocones de madera, mientras el Hermano Moses White los agasajaba con patatas asadas, pan negro y agua —todo ello en dos platos, un cazo de estaño y un tazón, tan limitada era su vajilla—. No obstante, al haber dejado atrás las apariencias y vanidades de un mundo depravado, los adultos abrazaban las dificultades con el entusiasmo de pioneros noveles, y los niños paladeaban golosos este aperitivo de lo que suponían iba a ser una suerte de pícnic perpetuo.

A lo largo de este frugal ágape aparecieron dos hermanos más. El primero era un hombre moreno y taciturno, ataviado con ropas tejidas a mano, cuya principal misión consistía en alardear de apellido, arrinconando su nombre de pila, y utilizar el menor número posible de palabras. El otro era un inglés desabrido, con barba, que esperaba alcanzar la salvación a base de comer alimentos crudos e ir desnudo. Hay que decir, con todo, que aún no había adoptado la vestimenta primitiva; de momento se contentaba con mascar alubias secas que iba sacando de una cestita con ademán meditativo.

—Toda comida debería ser un sacramento, y los recipientes que se usaran para tal fin, bellos y simbólicos —apuntó el Hermano Lamb con acento apacible, al tiempo que enderezaba el cazo de estaño que se le estaba escurriendo por las rodillas—. Me tasaron una vajilla de plata cuando fui al pueblo, pero era demasiado cara, así que me hice con unos elegantes vasos y tazas de peltre de la marca Britannia.

—Lo más complicado del mundo para brillantar. ¿Estará permitido usar

blanqueadores en esta comunidad? —inquirió la Hermana Hope, que, como ama de casa que era, sentía gran interés por los adelantos que permiten ahorrar trabajo manual.

—Este tipo de cuestiones triviales se debatirán en una ocasión más adecuada —respondió el Hermano Timon, cortante, que justo en ese momento se estaba quemando los dedos con una patata muy caliente—. Nos abstendremos de consumir azúcar, melaza, leche, mantequilla, queso o carne, pues no admitiremos nada que haya causado perjuicio o muerte a los hombres o a las bestias.

—Nuestras ropas serán de lino hasta que aprendamos a cultivar nuestro propio algodón o algún sustituto de las fibras de lana —añadió el Hermano Abel, que ya retozaba alborozado en un futuro imaginario, tan cálido y brillante como el generoso fuego que tenía ante sí.

—¿Y los zapatos? —preguntó el Hermano Moses mientras inspeccionaba los suyos con gran interés. Su peculiar forma de abrir las vocales al hablar llamaba bastante la atención.

—En ese punto tendremos que ceder, hasta que podamos fabricar un sustituto inofensivo del cuero. Acabará por inventarse: a base de corteza de árbol, de madera o de algún otro material duradero. Y, mientras tanto, aquellos que deseen llevar nuestras ideas hasta las últimas consecuencias podrán ir descalzos —dijo Lion, que era aficionado a las medidas extremas.

—Yo, nunca. Y tampoco dejaré que mis hijas lo hagan —masculló la indómita Hermana Hope.

—¿Cómo os las apañaréis para labrar los diez acres sin bestias? Si no espabilamos y atendemos a las cosas cuando corresponda, no habrá cosechas —observó el pragmático patriarca vestido de algodón, marcando su discurso a base de parsimoniosas vocales.

—Con palas —replicó Abel, con tal buena fe que Moses no dijo nada más, aunque sí se permitió cabecear escéptico mientras echaba una ojeada a las manos de su interlocutor, que no habían sostenido nada más pesado que una pluma durante años. En virtud de su veteranía y de una desarrollada vena paternal, el hombre mayor contemplaba a los más jóvenes como muchachos prometedores, pero entregados a los devaneos propios de su edad.

—¿Y qué haremos para tener lámparas, si no está permitida ninguna sustancia de origen animal? Espero de verdad que alguna clase de luz ilumine esta aventura nuestra —dijo la señora Lamb con preocupación, pues en aquellos años no existían el queroseno ni el canfeno, y el gas era desconocido en las zonas apartadas de la civilización.

—Tendremos que apañárnoslas sin ellas hasta que descubramos algún aceite vegetal o alguna cera que nos sirva —replicó el Hermano Timon con un tono resuelto, lo cual llevó a la Hermana Lamb a tomar una decisión: siempre mantendría arreglada y en buen estado su lámpara particular, la encendiera o no.

—Cada miembro llevará a cabo las tareas para las que esté mejor dotado, en función de su experiencia, su fuerza y sus gustos —continuó diciendo el Dictador Lion—. De este modo nos ahorraremos el tener que realizar trabajos penosos, no surgirán desórdenes y la armonía prevalecerá. Nos levantaremos al amanecer y comenzaremos la jornada bañándonos, después vendrá la música y luego, un austero tentempié de fruta y pan. Cada uno encontrará una ocupación que se avenga con su carácter hasta la comida meridiana, y entonces mantendremos una profunda conversación sobre la búsqueda de sentido, lo que dará reposo al cuerpo y desarrollará las mentes. Las saludables labores físicas nos ocuparán de nuevo hasta la última comida del día, y, llegado este momento, nos reuniremos para comulgar con el grupo. La asamblea se prolongará hasta que se ponga el sol, y entonces nos retiraremos y disfrutaremos del dulce reposo, que nos dará fuerzas para emprender las actividades de la jornada siguiente.

—¿A qué parte del trabajo se siente más predispuesto usted? —preguntó la Hermana Hope, con un destello divertido en sus sagaces ojos.

—Esperaré a que me sea revelado. *Ser* por encima de *hacer*, esa es la gran meta a alcanzar, y a ella llegaremos profesando una voluntad resignada, nunca entregándonos a la actividad caprichosa, pues esta última es un obstáculo para todo crecimiento divino —respondió el Hermano Timon.

—Eso pensaba yo. —La señora Lamb soltó un suspiro bien audible. El Hermano Timon llevaba ya un año entero con su familia, y durante ese tiempo había puesto en práctica su idea de *ser, no hacer* con rigor absoluto. A

ella, personalmente, eso del «crecimiento divino» había acabado por parecerle un proceso caro e insatisfactorio.

En aquel punto su marido se inmiscuyó en la conversación, con la cara iluminada por la luz y el regocijo que le inspiraban tantos sueños espléndidos y altos ideales como planeaban ante él.

—En esta etapa de la reforma, no dependemos tanto del razonamiento científico o de la destreza fisiológica como de los dictados del espíritu. En su mayor parte, el deber del hombre consiste en renunciar a muchos de sus hábitos y rutinas. ¿Podré estimularme en adelante con té, café o vino? No. ¿Podré consumir carne? No, si valoro mi salud. ¿Podré subyugar a las bestias? ¿Podré reclamar las cosas de la creación como propiedad privada? ¿Podré practicar el comercio? ¿Podré adoptar una confesión religiosa? ¿Podré interesarme por la política? ¿A cuántas de estas preguntas, si pudiéramos plantearlas con suficiente hondura, y si pudieran ser escuchadas como algo relativo a nuestro bienestar eterno, responderíamos con un: «Abstente»?

Un bostezo leve pareció hacerse eco de la última palabra de la rapsodia de Abel, pues el Hermano Moses había sucumbido a un sopor mundano y estaba dando cabezadas en su silla, como un fantasma descomunal. Forest Absalom, el hombre silencioso, y John Pease, el miembro inglés de la comunidad, salieron del establo. La señora Lamb, por su parte, condujo su rebaño a un redil provisional, dejando así a los fundadores de la «Mancomunidad Familiar» libres para construir castillos en el aire hasta que el fuego se apagara y el simposio se esfumara con el humo.

Los muebles llegaron al día siguiente y fueron asignados sin tardanza, ya que la riqueza de la comunidad consistía principalmente en libros. A esta extraordinaria biblioteca se le dedicó la mejor habitación de la casa, y los pocos bustos y cuadros que habían sobrevivido a las sucesivas migraciones fueron colocados de forma que embellecieran el santuario, pues se trataba de la estancia donde la familia debía reunirse para las actividades de esparcimiento, instrucción y culto.

Cualquier ama de casa podrá imaginarse las emociones que invadieron a la Hermana Hope al tomar posesión de la cocina, que era espaciosa y estaba destartalada. Contaba con un horno viejo y sus peculiares existencias debían

suministrar suficiente comida para su pequeña familia de once miembros. Bizcochos de azúcar de arce, guisantes y judías secas, cebada y mote de maíz, harina de todas las clases posibles, patatas y fruta deshidratada. No había ni rastro de leche o mantequilla; tampoco queso, té ni carne. Incluso la sal se consideraba un artículo suntuario, y las especias les estaban terminantemente prohibidas a aquellos amantes de la simplicidad espartana. Diez años de veleidades vegetarianas constituían sin duda el entrenamiento idóneo para enfrentarse a esta nueva heterodoxia, y la tolerancia a lo grotesco que la señora Lamb había desarrollado en ese lapso de tiempo sería una buena aliada más adelante, cuando tuviera que plantar cara a tantas escenas que la pondrían a prueba.

Pan ácimo, gachas y agua para desayunar; pan, verdura y agua para almorzar; y pan, fruta y agua para cenar conformaban el repertorio de alimentos visado por los venerables. No había teteras que profanaran los fogones sagrados, ni filetes sangrientos que chillaran estentóreos pidiendo venganza desde las castas parrillas, pues los únicos sacrificios que se ofrendaban en aquel altar doméstico eran el apetito, el tiempo y el humor de una mujer valiente.

El controvertido tema de la luz se solucionó comprando unas buenas provisiones de cera de arrayán para hacer velas, y, cuando se descubrió que nadie sabía fabricarlas, se autorizaron los piñones para casos de absoluta necesidad. Como era verano, los anocheceres no se prolongaban demasiado y la fatigada fraternidad no hallaba de momento gran dificultad para retirarse al mismo tiempo que los pájaros. A la mayoría, su propia luz interior le bastaba. Pero la señora Lamb se rebeló. La última parte de la tarde era el único momento del día que podía dedicarse a sí misma: mientras descansaba los exhaustos pies, sus diestras manos remendaban los sietes de los vestidos y los agujeros de los calcetinitos, o bien olvidaba entre las páginas de un libro las tribulaciones que le encogían el corazón.

Así fue como se mantuvo encendida y perseverante la «lámpara de la madre», mientras los filósofos pergeñaban un nuevo cielo y una nueva tierra a la luz de la luna. Durante toda la neblina metafísica y la pirotecnia filantrópica de ese periodo, la Hermana Hope se entretuvo con su particular

jueguito «de iluminación», del que nadie, dicho sea de paso, salió perjudicado salvo las polillas.

Probablemente, aquel estilo de laboreo no se había visto en la tierra desde que Adán dejara de escarbar en ella. La cuadrilla de hermanos empezó usando palas para cavar en el jardín y roturar los labrantíos, pero, al cabo de unos cuantos días, su ardor se vería mermado de forma asombrosa. Las ampollas en las manos y los dolores de espalda les hicieron intuir la pertinencia del uso de ganado, al menos temporalmente, pues se avecinaba el verano de aquella nueva vida y entonces los trabajadores estarían mejor adaptados al noble esfuerzo físico.

El Hermano Moses transportó desde su granja una yunta de bueyes, o al menos eso pensaban los filósofos al principio, hasta que salió a la luz que uno de los animales era en realidad una vaca, y Moses confesó que «tendrían que ser indulgentes y dejarlo hacer, porque él no podría sobrevivir a base de matojos del jardín».

Ante esta desviación del camino de la virtud, la indignación del Dictador Lion fue enorme. Pero, como el tiempo apremiaba y urgía hacer las faenas del campo, acabaron permitiendo que la mansa vaca llevara el yugo. Mientras, el hermano descarriado continuó refugiándose en el granero para solazarse en el consumo de sustancias prohibidas, cuyas sombrías consecuencias le dieron bastante mala fama, pues hasta los niños lo tenían por un elemento marginal, condenado a la perdición.

La siembra se desarrolló de manera igualmente curiosa. A causa de cierto error, los tres hermanos que se habían aplicado a esta garbosa faena descubrieron, cuando ya habían realizado aproximadamente la mitad del trabajo, que cada uno había estado sembrando un tipo distinto de grano en el mismo campo. Un error que desencadenó un gran desconcierto, pues el daño era ya irremediable, pero, después de largas consultas y de no pocas risas, se decidió que no comentarían nada al respecto, y que ya verían lo que resultaba después.

En el huerto se plantaron generosas cantidades de tubérculos y hierbas útiles, pero como el estiércol no estaba permitido, pues se consideraba que profanaría el suelo virgen, pocos de estos tesoros vegetales llegaron a

prosperar. Las verdolagas se enseñorearon de la dehesa como monarcas supremas, y los sembradores, desengañados, se lo tomaron con filosofía y empezaron a comérselas tras concluir que la Naturaleza debía de saber qué les convenía más, lo que conllevaba la ventaja añadida de no tener que bregar con ella para obtener sustento; con tal de que aprendieran a digerir sus «celadas» e indomables raíces, claro.

Se acordó la distribución del huerto, se hizo algún que otro injerto, se plantaron parras y árboles nuevos a despecho de lo poco apropiado de la estación y de la completa ignorancia de los padres de familia, quienes creían sinceramente que en otoño podrían recolectar cosechas cuantiosas.

Poco a poco las cosas fueron encarrilándose, y pronto cundieron rumores acerca del experimento, rumores que traspasaron fronteras. Muchos espíritus excéntricos acudían en bandada, pues en aquellos días las comunas estaban de moda y el trascendentalismo hacía furor. Algunos iban hasta allá como meros espectadores y para reírse un rato, otros para sentir que alguien los apoyaba en su ociosidad poética, otros pocos para participar de una fe sincera y trabajar con entusiasmo. Cada miembro era libre de buscar su propio hobby y de montarlo como si de su corcel favorito se tratara, dando rienda suelta a los impulsos naturales que le fueran brotando. Algunos de los jinetes estaban francamente chiflados, y algunos de los potrillos trotaban descontrolados.

Cierto joven defendía que el lenguaje es un asunto baladí, pues basta con la esencia que el hablante quiera transmitir. Conque le dio por sobresaltar a los visitantes recibéndolos con un «Buenos días y váyanse al infierno», y más salidas de tono por el estilo. Otro de estos seres ingobernables sostenía que todas las emociones del alma deben ser expresadas sin freno alguno, e ilustraba tal teoría a través de gansadas que podrían haber hecho que diera con sus huesos en el manicomio si, como dijo una vez un bromista no adepto a la reforma, no hubiese estado ya recluido en uno. Cuando su espíritu se elevaba, trepaba a los árboles y gritaba; cuando la duda lo asediaba, se tiraba al suelo y profería alaridos lastimeros. En los periodos de júbilo se lanzaba a correr, daba brincos y cantaba; si se entristecía, sollozaba muy alto, y, cuando un pensamiento excepcionalmente brillante le estallaba en la cabeza durante una noche en vela, se ponía a cacarear como un gallo risueño para gran

deleite de los niños y gran disgusto de los mayores. Un hermano con inclinaciones musicales se ponía a tocar el violín cuando le venía en gana, les cantaba con mucho sentimiento a las cuatro niñas, y ponía una caja de música en la pared mientras escardaba el maíz.

El Hermano Pease trajinaba con sus comistrajos crudos o recorría la parcela recogiendo esto y aquello, acedera y menta, fruta verde y verduras nuevas. Ocasionalmente se aventuraba más allá de las fronteras de la comunidad en sus paseos, vestido con un etéreo poncho de algodón sin blanquear, lo más parecido que tenía al hábito primigenio que le estaba permitido lucir. Por San Juan se retiraba a la naturaleza, para poner en práctica sus planes allá donde las marmotas moraban sin prejuicios y las matas de arándanos reventaban de hospitalarios frutos. Desgraciadamente, un golpe de calor acabó dando al traste con sus planes y regresó a la semicivilización convertido en un hombre más triste y más sabio.

Forest Absalom hacía gala de un silencio pitagórico permanente, cuidaba con mimo sus elegantes bucles negros y era hacendoso como un castor, dando un magnífico ejemplo de amor fraternal, justicia y fidelidad a través de una vida recta. Era él quien ayudaba a la Hermana Hope cuando se encontraba abrumada por las labores del hogar. Levantaba los pesados barreños de la colada, amasaba incontables hornadas de hogazas de pan, vigilaba a los pequeñuelos y hacía todas esas tareas que sus hermanos dejaban de hacer, porque, al estar tan ocupados disertando y definiendo obligaciones de gran envergadura, se olvidaban de despachar las más modestas.

Moses White deambulaba por la finca, siempre plácido y sin prisas. Él lo llamaba «deshacer entuertos». El cabello plateado y la barba al viento lo hacían parecer un patriarca de antaño, y, ciertamente, su vena ahorrativa y su astucia de yanqui salvaron a la comunidad de no pocos percances.

El Hermano Lion mantenía al conjunto bajo su férula, pues era él quien había invertido más dinero en la especulación y estaba decidido a rentabilizarlo —como si algo así pudiera esperarse de una empresa fundada sobre la base de un ideal—.

Abel Lamb se hallaba, sencillamente, exultante de gozo con la Novedad,

creyendo como creía con total firmeza que su sueño se plasmaría en algo bello, y que, con el tiempo, no solamente la pequeña Fruitlands, sino todo el orbe se transformaría en un Valle Feliz. Cada músculo de su cuerpo se extenuaba para lograrlo, pues él se lo tomaba mortalmente en serio. Predicaba con toda su mente y con todo su corazón, hacía planes y sacrificios, daba sermones y profetizaba, con un alma llena de aspiraciones puras, los más altruistas propósitos y el deseo ardiente de poner su vida al servicio de Dios y de los hombres; un alma demasiado elevada y tierna para soportar el cruel maltrato al que este mundo nos somete.

Llamaba un poco la atención que solo una mujer se uniera a la comunidad. Al fin y al cabo, la señora Lamb meramente seguía a su esposo; iba allá donde este fuera cual «lastre para su globo», como ella misma se encargaba de decir, con el optimismo innato que la distinguía.

La señorita Jane Gage era una dama entrada en años, corpulenta, sentimental, de natural amable y perezosa. Escribía versos a destajo y la afligían unas ansias y clarividencias vagas relacionadas con lo desconocido. En virtud de todo esto, se consideraba apta para habitar una esfera más elevada que la que su presencia había adornado hasta la fecha.

Como había sido maestra, se le encomendó instruir a los niños en las ramas comunes del saber. Cada uno de los adultos de la comunidad les había impartido clase anteriormente, por turnos, y, como cada cual enseñaba a su manera, el resultado fue un estado de caos crónico en las mentes de aquellas pobres e inocentes víctimas.

El sueño, la comida y las cavilaciones líricas eran todo lo que le importaba en la vida a la adorable Jane, que por lo demás procuraba zafarse de cualquier obligación, como quien esquivo la pinza que amenaza con bloquear las alas de su espíritu. Jamás se le pasaba por la cabeza echar una mano con las tareas domésticas más pesadas, y, si a la pregunta «¿Hay alguna bestia de carga en esta casa?» la señora Lamb respondía, con una cara que era un poema, «¡Solamente una mujer!», la rolliza Jane no sentía ni un ápice de vergüenza. Antes bien, le seguía la corriente al guasón y dejaba a su bizarra hermana seguir bregando en soledad.

Por desventura, la infeliz dama añoraba tremendamente los guisos de carne,

y a menudo buscaba quedarse a solas para poder dar cuenta de algún que otro sorbito de leche, galletas saladas y queso. Un día particularmente aciago, incluso cató el pescado que le ofrecieron en la mesa de un vecino.

Cuando una de las pequeñuelas denunció este desafortunado desliz, Jane recibió una reprimenda pública por parte de Timon, que le reprochó el haberse desviado del camino de la virtud.

—Solo probé un trocito de la cola —gimoteaba, contrita, la poeta.

—Sí, pero hubo que torturar y asesinar al pez entero para que tú pudieras tentar a tu carnal apetito probando ese trocito de cola. ¿Acaso no sabéis, consumidores de cuerpos de animales, que estáis nutriendo al lobo y al tigre que anidan en vuestros estómagos?

Ante esta pavorosa pregunta y la atronadora risotada que se alzó desde las filas de los hermanos más jóvenes, que no pudieron aguantar el cosquilleo provocado por el estrafalario contraste del cuadro (la recia pecadora, el ceñudo juez y la pícara satisfacción del pequeño detective), la pobre Jane huyó de la sala. De allí se fue directamente a meter sus pertenencias en un baúl, para regresar al mundo donde las colas de pescado no fueran un fruto prohibido.

Aquel año se sembró a voleo la simiente del trascendentalismo, cuya fama sobre la tierra no ha menguado hasta hoy día. Por fútil que esta cosecha pueda parecer a ojos forasteros, rindió unos frutos invisibles, valiosísimos para aquellos que los plantaron animados por un propósito sincero. Puesto que ni uno solo de los miembros de esta singular comuna ha narrado sus experiencias anteriormente, enumerar unas cuantas podría no estar de más, teniendo en cuenta que el interés por este tipo de ensayos nunca se ha extinguido del todo, y que Fruitlands fue la más idealista de todas las quimeras.

Se inventó un nuevo estilo de vestimenta, ya que el algodón, la seda y la lana estaban prohibidos, al tratarse de productos que derivaban, respectivamente, de esclavizar al ser humano, de masacrar gusanos de seda y de asaltar a las ovejas. Las túnicas y los pantalones de lino marrón eran la única ropa permitida. Las faldas de las mujeres eran más largas y las alas de sus sombreros de paja más anchas que las de los hombres, pero ahí

terminaban las diferencias. Una cierta dosis de acoso confería su particular encanto al atavío, pues los reformistas, con sus largas melenas y sus ropajes de lino, aguantaban con no poca fruición el moderado martirio que debían soportar cada vez que abandonaban su hogar.

Se abjuraba del dinero, raíz de todo mal. Los productos salidos de la tierra debían cubrir la mayor parte de sus necesidades, o bien intercambiarse por los pocos artículos que no podían cultivar. Esta idea tenía sus pegas, pero en la comunidad se estilaba el olvido de uno mismo, y resultaba sorprendente la cantidad de cosas de las que podían prescindir sin mayor repercusión. Cuando deseaban viajar, lo hacían a pie; si era posible, rogaban a alguien que les prestara un vehículo, o bien se montaban por las bravas en un carro o en una diligencia y les explicaban sus principios a los oficiales a cargo, asumiendo todas las consecuencias que aquello les acarrearía. Por lo general, su vestimenta, su franqueza radical y la amable determinación que derrochaban les hacía ganarse el pasaje gratis, pero alguna que otra vez también se toparon con un trato rudo, y obtuvieron la satisfacción de padecer por sus principios.

En una de esas peregrinaciones que realizaban sin un centavo, se subieron a un transbordador, y, cuando se les exigió el pago de la tarifa correspondiente, ellos respondieron con una candorosa oferta: en lugar de pagar, tomarían la palabra. Como a estas alturas el barco ya había zarpado y recorrido un buen trecho, y ellos estaban sin blanca, no había nada que hacer. Los hermanos Lion y Lamb se explayaron a gusto ante todo el pasaje, desplegando su elocuencia más florida. Y algo eficaz debió de haber en su parlamento, pues lograron conmover a los oyentes, que acabaron desembolsando un dinerillo para pagarles el viaje a aquellos lunáticos tan inspirados, que predicaban la paz en la tierra y la buena voluntad entre los hombres con total candidez y los bolsillos pelados. Así se recaudó una abultada suma, pero, cuando el capitán fue a dársela, los reformistas demostraron que eran coherentes dentro de su locura y no aceptaron ni un penique. Entonces, dirigiéndose al grupo que los rodeaba, cuya indiferencia o desdén se había trocado ya en interés y respeto, manifestaron:

—Ya ven lo bien que nos las arreglamos sin dinero.

Dicho esto, se despidieron flemáticos, con las etéreas blusas de lino flameando al frío viento de octubre.

Propugnaban el vegetarianismo allí donde iban y resistían todas las tentaciones de la carne, alimentándose tan contentos de manzanas y pan que colocaban con mimo sobre mesas muy bien puestas, ofendiendo a sus hospitalarias anfitrionas al exponerles la maldad de la comida que les estaban ofreciendo y quitándoles así el apetito, perorando sobre «el horror de las matanzas» y sobre «la presencia de la bestia en el ser humano» o sobre «la elegante abstinencia como signo de un alma pura». Sin embargo, cuando las perplejas o agraviadas damas les preguntaban qué deberían comer, ellos desgranaban por toda respuesta un menú que incluía «boles de amanecer para desayunar», «semillas de sol del globo terrestre», «platos salidos de la casta mesa de Plutarco» y viandas por el estilo, a cual más difícil de encontrar en los mercados modernos.

Convenciones reformistas de todo pelaje acechaban a los miembros de la fraternidad, que predicaban muchas cosas prudentes y hacían muchas insensateces. Por desgracia, sus vagabundeos perjudicaban las cosechas, pero la regla de oro era que el espíritu dictaba el movimiento. En consonancia con ella, los hermanos solían dejar los cultivos en manos de la Providencia divina para marcharse a vendimiar en campos más amplios y, esperemos, también más fructíferos que los suyos propios.

Por suerte, la providencia terrenal que amparaba a Abel Lamb velaba por su hacienda. Cuando hizo falta, echó una mano para recolectar la mezquina cosecha de aquella «tierra incorrupta», que, «consagrada a la libertad humana», había recibido «los sobrios cuidados de los hombres devotos».

Cuando el grano ya estaba prácticamente listo para segar, una llamada del Alma Superior arrastró consigo a los hombres y los alejó de allí. Se avecinaba una tormenta desde levante y todos daban por segura la ruina de los almiares amarillos. Fue entonces cuando la Hermana Hope reunió a sus tropas. Tres niñas, un chiquillo (el hijo de Timon) y ella misma, pertrechados con grandes cestos de la lavandería y sábanas de lino ruso, conformaban el único equipo que pudo convocar, pero, con este exiguo aparataje, la audaz dueña logró recaudar el grano y almacenar provisiones

para su prole, guiada por el instinto y la energía de la mamá pájaro que debe alimentar a una nidada de polluelos hambrientos.

Este ensayo de regeneración tuvo sus partes trágicas, además de las cómicas, por mucho que el mundo solo reparara en estas últimas.

Con la primera escarcha, las mariposas, que habían pasado el verano tostándose a la luz del sol nuevo, remontaron el vuelo. Abandonaron así a su suerte a las pocas abejas, que comprobaron entonces el mísero estado de sus provisiones de miel para el inminente invierno. Por grande que fuera la satisfacción de haber vivido en santidad unos cuantos meses, se habían recolectado cantidades muy escasas del valioso líquido.

Al principio, tuvieron la impresión de que se les presentaba una oportunidad de morir también en santidad. Timon, muy contrariado a causa del fracaso, decidió mudarse con los *shakers*,^[1] pues esa comuna parecía ser la única que seguía funcionando con éxito.

—¿Qué va a ser de nosotros? —le preguntó la señora Hope, en vista de la consternación de Abel cuando vio estallar su adorada burbuja.

—Podéis quedaros aquí si lo deseáis, hasta que aparezca alguien dispuesto a arrendar el terreno. Pero, ojo, ya no podréis cortar madera ni moler maíz. Venderé todo lo que tengo para saldar las deudas de esta empresa, puesto que yo la avalé y la responsabilidad es mía —fue la alentadora respuesta de Timon.

—¿Y quién nos restituirá a nosotros lo que hemos perdido? Yo he dado todo cuanto poseía: muebles, tiempo, esfuerzo físico, seis meses de las vidas de mis hijas... Todo dilapidado. Abel se ha entregado en cuerpo y alma, todo él; esas faenas tan duras y los sinsabores casi lo han destrozado. Y nos dices que el único pago por todo esto será dejarnos tirados, muertos de hambre y helándonos de frío en una casa vieja, con el invierno a las puertas, sin dinero y prácticamente sin amigos, puesto que esta empresa alocada nos ha enemistado con casi todos los que teníamos. Tú hablas mucho de justicia. Podrías aplicárnosla a nosotros, al menos un poquito, ya que no nos queda otra cosa.

Pero el alegato de la mujer no halló réplica alguna por su parte, solo la vieja cantinela:

—Era un experimento. Todos hemos arriesgado algo, y debemos hacer frente a nuestras propias pérdidas como mejor sepamos.

Tras ofrecer este triste consuelo, Timon se puso en camino junto a su hijo. Poco después fue absorbido por la hermandad de los *shakers*, donde no tardó en comprobar que el orden de los términos era inverso: se dedicaba todo el tiempo al trabajo y no quedaba nada para la holganza.

Entonces empezó la tragedia para la pequeña y de-sahuciada familia. La desolación y el pesimismo se cebaron con Abel. Tal y como había dicho su mujer, las creencias que un día abrazara lo habían enemistado con muchos amigos. Unos lo tenían por loco, otros por un tipo sin principios. Hasta aquellos que lo miraban con más cariño, quienes lo consideraban un visionario, pensaban que no tenía sentido ayudarlo hasta que no adoptara puntos de vista más pragmáticos. Todos estiraban mucho el cuello y sentenciaban con suficiencia:

—Démosle tiempo, al final caerá en la cuenta. Él mismo verá que esas ideas no valían la pena.

Lo había intentado, y había fracasado. El mundo aún no estaba preparado para la Utopía, y aquellos que se empeñaban por fundarla solo obtenían burlas a cambio de incontables quebrantos. En otras épocas ya pasadas, los hombres podían vender todo cuanto poseían y dárselo a los pobres, consagrar sus vidas a la santidad y a aspiraciones elevadas, y, después de enfrentarse a la persecución, se encontraban con que los honraban como santos y mártires. Pero, en la actualidad, todo esto está trasnochado. Vivir en función de los principios de uno, cueste lo que cueste, supone una especulación de alto riesgo, y el fracaso de un ideal, independientemente de la humanidad y nobleza del mismo, es algo inexcusable; el mundo perdona con mucha más facilidad el atraco a un banco o las estafas a gran escala de los políticos corruptos.

Ahora Abel se veía obligado a zambullirse en aguas turbulentas, y durante una temporada dio la impresión de que no lograría vadear el río. El vigor del cuerpo y la fortaleza del espíritu habían quedado, en su caso, muy menoscabados por las penalidades y los múltiples quebraderos de cabeza que había sufrido. Su presencia de ánimo flaqueó cuando miró en derredor

buscando apoyos, mas no vio ninguna cara dispuesta a ponerse en su piel ni manos extendidas para sacarlo del atolladero, ninguna voz que le dijera, animosa:

—Todos cometemos errores; nuestras vidas van moldeándose a base de vivencias diversas. Vuelve a intentarlo, pero, esta vez, déjanos ayudarte.

Encontraba todas las puertas cerradas, todos le rehuían la mirada, sentía la gelidez de los corazones de la gente, y no hallaba ninguna vía abierta para ganarse el pan para sus hijas. Sus principios no le permitían hacer muchas de las cosas que los demás hacían, y, en aquellos pocos campos a los que su conciencia le permitía dedicarse, ¿quién iba a contratar a un hombre que había retado a la sociedad entera, como él había hecho?

En este punto, el soñador, cuyo sueño insuflaba vida a su propia vida, resolvió que llevaría su plan hasta las últimas consecuencias, por amargas que estas fueran. No parecía haber sitio para él aquí; ni trabajo ni amigos. Ir mendigando condiciones especiales se le antojaba tan innoble como mendigar dinero. Mejor sería aceptar las privaciones y perecer; mejor eso que vender el alma para sostener la carne. Se tumbó en la cama y permaneció en silencio, de cara a la pared, esperando con una paciencia preñada de patetismo a que la muerte cercenara el nudo que él mismo no lograba desatar. Así pasó días y días, sin probar bocado ni dejar que una gota de agua traspasara sus labios. El alma y el cuerpo batallaban juntos, ambos mudos, sin que ni una palabra de queja delatara cuánto sufrían los dos.

Al principio, su esposa se deshizo en lágrimas y plegarias, pero, al percatarse de que todo era en vano, también se sentó a esperar el final llena de una sumisión y un temor reverencial misteriosos, pues en esta resignación integral, que afectaba a todas las cosas, había un mensaje muy significativo y elocuente para ella, que conocía a su marido mejor que ningún otro ser humano.

—Dejemos que Dios se encargue de todo.

Así expresaba él su creencia, y, en esta crisis, el alma enamorada se aferraba a la fe de él, segura de que el Padre Omnisciente no abandonaría a un hijo que había buscado su proximidad con tanto denuedo. Después de reunir a sus hijas en torno a ella, la señora Lamb se dispuso a esperar el

desenlace de la tragedia que se estaba escenificando en aquel cuarto solitario. Al otro lado de la ventana caía la primera nieve del año, y ellas la observaban sabiendo que seguiría intacta mucho tiempo, pues ningún amigo vendría a hollarla con sus pisadas.

Pero esos ángeles forzudos que sostienen e instruyen a las almas en momentos de desconcierto y aflicción estaban moviéndose. Iban y venían sin dejar rastro alguno por fuera, a la vez que obraban milagros por dentro. Y es que, en ese momento en que el resto de las emociones ya habían palidecido dando paso a una lucecita mortecina, en que todas las demás esperanzas ya estaban extintas, en que la amargura de la muerte había llegado casi al extremo, en que el cuerpo ya había superado todos los espasmos ocasionados por el hambre y la sed y el alma se alzaba presta para la partida..., el amor, que sobrevive a todo lo demás, se negó a morir. La cabeza se había inclinado en señal de derrota, las manos estaban exhaustas de tantas tareas pesadas, pero el corazón, incluso después de ser tocado por la muerte, no podía enfriarse lo suficiente como para olvidar a los que estaban hospedados en sus recovecos más hondos y tiernos.

—Mi fiel esposa y estas hijitas mías... Ellas no me han dejado desamparado, ellas siguen siendo mías, pues nos unen vínculos que nadie puede romper. ¿Qué derecho tengo yo a dejarlas solas? ¿Qué derecho tengo a rehuir la carga y el dolor que yo mismo contribuí a traer? Este deber sigue siendo mío, y estoy obligado a cumplirlo con viril valentía. Por ellas, el mundo me perdonará cuando llegue el momento; por ellas, Dios me sostendrá en esta hora.

Demasiado frágil para levantarse, Abel manoteó para palpar la comida que siempre dejaban a su alcance, y, en la penumbra y soledad de esa noche memorable, comió y bebió lo que para él fueron el pan y el vino de una comunión nueva, de una dedicación nueva de su corazón y de su existencia a aquellos deberes que permanecían con él, aun después de haber visto desvanecerse todos sus sueños.

Con las primeras luces del día siguiente, cuando su entristecida esposa se aproximó de puntillas, acongojada, para ver qué cambios se habían obrado en la paciente faz que reposaba sobre la almohada, halló que esta le dedicaba

una sonrisa. Vio también una mano que se alargaba hacia ella, a la vez que un hilillo de voz la llamaba con coraje por su nombre:

—¡Hope!

Lo que pasó en aquel cuarto no puede ser relatado: solo pervive en los corazones de aquellos que lo padecieron entonces, plantando cara a tantas calamidades por amor. A nosotros ha de bastarnos con saber que no tardó en erguirse la sombra macilenta de un hombre, que avanzaba apoyado en un brazo que nunca le había fallado, y que las niñas, que nunca olvidarían lo vivido en esos días, le dieron la bienvenida y lo colmaron de caricias.

A partir de ahora, «Hope», «Esperanza», sería su consigna. Mientras los últimos leños nutrían las llamaradas del hogar, se dispusieron las últimas reservas de manzanas y de pan sobre la mesa. La nueva comandante, con ánimos renovados, le dijo a su marido:

—Deja que Dios y yo nos encarguemos de todo. Él ha hecho su parte; ahora, yo haré la mía.

—Pero no tenemos dinero, cariño.

—Sí tenemos. Vendí todo lo que me pareció prescindible y ahora tengo suficiente para que podamos salir de este agujero lleno de nieve.

—¿Y adónde vamos a ir?

—Ya le he pedido a nuestro querido vecino Lovejoy que nos reserve cuatro habitaciones. Allí podremos vivir modestamente hasta la primavera. En cuanto a los planes de futuro y a tener una casa propia, Dios proveerá.

—Pero, Hope, esa huchita tuya no dará para mucho, se agotará, y no tenemos amigos a los que recurrir.

—Yo sé coser, y tú puedes cortar leña. Lovejoy te ofrece el mismo sueldo que les da a sus empleados; mi vieja amiga la señora Truman me enviará todas las labores de costura que yo le pida, y con mi santo hermano podemos contar, pues no nos fallará jamás. Arriba ese ánimo, corazón mío, que mientras haya trabajo y amor en el mundo no tenemos por qué seguir sufriendo.

—Y mientras yo tenga a mi ángel benefactor, que se llama Hope, no podré caer en la desesperación. Ni siquiera si me veo obligado a esperar otros treinta años antes de marcharme del círculo de este pequeño mundo, que es

sagrado para mí y en el que aún tengo una misión que cumplir.

De modo que un día de diciembre, con el cielo gris y tristón sobre sus cabezas y sus escasas pertenencias apiladas en un trineo que iba tirado por un buey, los exiliados dejaron su Edén y volvieron a enfrentarse al mundo. Las sonrosadas niñas iban encaramadas encima y los padres detrás, arrastrando trabajosamente los pies y con los brazos entrelazados.

—¡Ay, pobre de mí! Qué ha sido de mi sueño. Cuánto dejo atrás en este momento, cuánto que nunca más volverá a ser mío —dijo Abel al volver la espalda para echar un vistazo al Paraíso perdido, que yacía blanco y glacial bajo su mortaja de nieve.

—Sí, cariño; pero cuánto nos llevamos con nosotros —repuso la valerosa Hope, al tiempo que echaba sucesivas ojeadas a su marido y luego a sus hijas.

—¡Pobre Fruitlands! ¡El nombre elegido resultó un fracaso tan mayúsculo como todo lo demás! —continuó diciendo Abel, y exhaló un suspiro al ver caer a sus pies una manzana, que se había congelado en el ramaje desnudo de un árbol.

Pero el suspiro se convirtió en sonrisa cuando su esposa añadió, con una entonación en la que se mezclaban la dulzura y la socarronería:

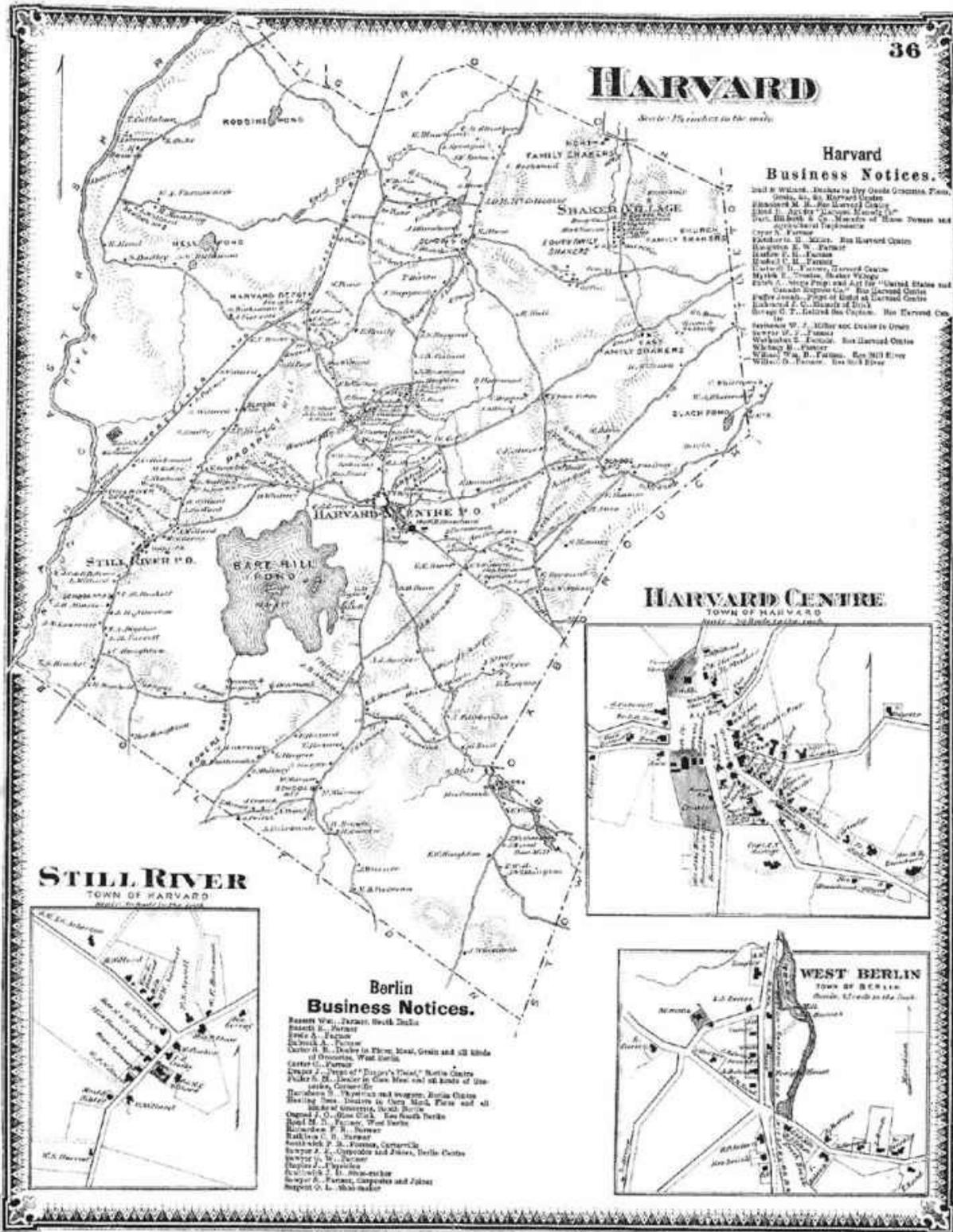
—¿No crees que Apple Slump^[2] habría sido un nombre más apropiado, querido?

[1]. La Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda Aparición de Cristo es una organización religiosa protestante, conocida popularmente como los *shakers* o cuáqueros «sacudidos». Basada originalmente en las enseñanzas de Ann Lee (1736-1784), su doctrina cobró notoriedad por la promoción de la justicia social y del celibato y por su rechazo de la institución del matrimonio, así como por la fe que sus miembros profesaban en que Jesucristo volvería a la tierra en el año 1792, sin que nadie lo notara, bajo la guisa de un ladrón, para provocar el apocalipsis. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[2]. *Fruitlands* sería, literalmente, «Tierra de Frutos», mientras que *Apple Slump* podría traducirse como «Fosa de Manzanas».

Los diarios de Fruitlands

de Louisa May Alcott



Mapa de la localidad de Harvard en 1870. Atlas de Worcester County, Massachusetts (State Library of

Massachusetts). Fruitlands fue establecido en estos terrenos en 1843.

[Las siguientes secciones del diario, fechadas entre agosto y el 1 de septiembre de 1843, proceden del manuscrito que ha sido descubierto recientemente en Walpole, New Hampshire, y nunca antes habían sido publicadas.]

[...] y él ha traído consigo a su hijo James; cuando Lizzy y yo hemos regresado a casa tras nuestro paseo hemos jugado un poco. Después de la cena he vuelto a jugar un rato y luego me he ido a la cama; ha sido un día muy agradable.

Viernes, 4 [agosto] — Después de desayunar he fregado los platos y luego he tenido clase. Padre y el señor Ray y el señor Lane han ido donde los *shakers* y no han vuelto hasta tarde, casi de noche. Después de las clases he estado cosiendo hasta la hora de comer. Cuando hemos acabado de almorzar me he dado un baño, y luego he ido a casa de la señora Willards. Al regresar a casa he estado jugando hasta que ha llegado la hora de cenar, y después de la cena he pasado un rato leyendo *Oliver Twist* y luego he reflexionado un poquito antes de meterme en la cama. He pasado un día bastante agradable.

Sábado, 5 — Me he levantado temprano, y después del desayuno he hecho las tareas de la mañana; he ido a clase. He puesto la mesa del almuerzo. Después de comer me he dado un baño y luego he ido a coger bayas; cuando he vuelto a casa, he ido a montar a caballo con Madre y Abba; al regresar he cenado y me he ido a dormir.

Martes, 8 — Después de asearme y vestirme he bajado a desayunar. Después del desayuno he fregado los platos y luego he ido a coger bayas con Anna y William; no hemos vuelto hasta la hora del almuerzo. Después de comer he leído un rato y le he hecho algo de ropa a mi muñeca y me he dado un baño. He estado cosiendo hasta las cinco y luego he ido a dar un paseo. Lizzy y yo hemos estado jugando fuera mientras acababan de preparar la cena. Después de cenar he fregado los platos y me he ido a la cama.

Jueves, 10 — Me he levantado temprano. Cuando hemos acabado con el

desayuno me he puesto a hacer las tareas de la mañana. Padre, Madre, Abba y el señor Lane se han marchado a Leominster. Yo he planchado un ratito y he estado leyendo mientras esperaba a que la comida estuviera lista. Después de comer me he bañado. Lizzy, William y yo hemos ido a coger zarzamoras. Madre y Padre han llegado a casa bastante tarde. Aunque fuera hacía un tiempo desapacible, yo estaba contenta por dentro.

[...] heno y he cuidado a Abba hasta la cena, y después de eso he leído un poquito y me he ido a la cama.

Domingo, 28 — Después de desayunar he estado leyendo hasta las nueve y Padre nos ha leído una Parábola llamada Nalhan y a mí me ha gustado mucho; luego él nos ha preguntado a todos los defectos que nos gustaría quitarnos, y yo he dicho la Impaciencia y el señor Lane, la obstinación. Hemos almorzado pan y agua y después de eso he leído, he reflexionado un rato y he dado un paseo hasta la cena.

Lunes, 29 — Me he levantado a las cuatro y media y me he bañado y me he vestido y he recibido mi lección de canto. Después del desayuno he ido a clase y después he ayudado con las cosas del almuerzo... Después de comer he estado jugando y leyendo.

Miércoles, 30 — Después del desayuno he fregado los platos y luego Madre, Anna, la señorita Robie y Harriet y yo hemos ido a Leominster para ver una casa que Padre está pensando en comprar; me ha gustado mucho y me lo he pasado muy bien en el viaje. No hemos vuelto hasta la noche.

Jueves, 31 — He tenido clase como de costumbre y he estado jugando hasta la comida, y después he ido a casa de la señora Dudley y no he vuelto hasta la hora de cenar.

Septiembre de 1843

Viernes, 1 — He ido a clase como de costumbre y el señor Lane ha dado un fragmento de poesía sobre Pestalozzi que voy a incluir:

A Pestalozzi

*En la frente sagrada de Pestalozzi
la modesta corona de castaño
verde ayer y pálida hoy
tiembla movida por un hálito.*

Madre se ha inventado este fragmento... y a mí me gusta mucho.

[Las entradas que siguen, datadas entre septiembre y el 10 de diciembre, fueron copiadas y publicadas por la señora Cheney. Los originales se dan por perdidos. Es posible que la fecha de la primera entrada, 1 de septiembre, sea un error de la señora Cheney, ya que el manuscrito de Walpole registra una entrada distinta en esa fecha.]

1 de septiembre — Me he levantado a las cinco y me he dado un baño. ¡Me encanta el agua fría! Luego hemos tenido lección de canto con el señor Lane. Después de desayunar he fregado los platos y me he ido a correr por la colina hasta las nueve y me he pasado un rato pensando... qué bonito estaba todo allá arriba. He tenido clase: he escrito y practicado mi ortografía y he hecho sumas, y el señor Lane nos ha leído una historia, «El padre juicioso». De cómo una niña rica le decía a otra pobre que no mirara las flores que había al otro lado de la valla, y se enojaba con ella por estar triste. El padre oía todo esto y ordenaba a las muchachas que se intercambiaran la ropa. La muchacha pobre lo hacía muy contenta, y él le decía que se lo podía quedar todo. Pero la rica se ponía muy triste por tener que ir vestida con ropa vieja la semana entera, y en adelante siempre se porta bien con las niñas que van desastradas. A mí me ha gustado mucho, y voy a ser amable con los pobres.

Padre nos ha preguntado cuál es la obra más noble de Dios. Anna ha dicho que *los hombres*, pero yo he dicho que *los bebés*. Los hombres suelen ser malos; los bebés nunca lo son. Hemos tenido una larga charla y después yo me he sentido mejor, y *me he aclarado*.

Hemos tomado pan y fruta para almorzar. Yo he estado leyendo y paseando

y jugando hasta la hora de la cena. Al anochecer nos hemos puesto a cantar. Cuando me he ido a la cama la luna ha salido muy brillante y me ha estado mirando. Yo estaba triste porque hoy he pasado el día de mal humor y no he obedecido a Madre. He llorado y después me he sentido mejor, y he recitado un trozo de la señora Sigourney, «No debo llevarle la contraria a mi madre». Cuando me quiero dormir recito poesías... Me sé un montón.

Jueves, 14 — Ha venido el señor Parker Pillsbury y hemos estado hablando de los pobres esclavos. Hemos tenido clase de música con la señorita P. Yo la odio, es quisquillosísima. Me he puesto a hacer carreras contra el viento y me he imaginado que era un caballo, y me lo he pasado de maravilla en el bosque con Anna y Lizzie. Éramos hadas, nos hemos hecho túnicas y alas de papel. Yo era la que más alta «volaba». Cuando ha atardecido hemos estado hablando de viajes. Yo he pensado en Padre yéndose a Inglaterra y he recitado este fragmento de poesía que encontré en los poemas de Byron:

*Al abandonar tus orillas, oh, Naxos,
no derramé ni una lágrima de pena;
no hubo suspiros, titubeos
que delataran de mi pecho la tormenta.*

Llovía cuando me he ido a la cama y el ruido del agua al caer sobre el tejado era muy bonito.

Domingo, 24 — Padre y el señor Lane se han ido a predicar a N. H. Qué maravilla... Anna y yo nos hemos encargado de la cena. Al anochecer he leído *El vicario de Wakefield*. He estado de mal humor hoy, y he llorado al irme a la cama. Me he impuesto buenos propósitos y eso me ha aliviado el corazón. Ojalá *mantuviera* todas mis promesas, porque sería la mejor chica del mundo. Pero no lo hago, por eso soy muy mala.

(¡Ah, pobre pecadora! Sigue diciendo lo mismo a los cincuenta. — L. M. A.)

8 de octubre — Cuando me he despertado, el primer pensamiento que me ha

venido ha sido: «Es el cumpleaños de Madre, tengo que ser muy buena». He ido corriendo a desearle feliz cumpleaños y le he dado un beso. Después del desayuno, cada uno le ha dado su regalo. Yo le he hecho una cruz de musgo y una poesía.

No teníamos que ir a la escuela y he estado jugando en el bosque y he recogido hojas rojas. Cuando ha oscurecido hemos estado bailando y cantando y yo he leído una historia sobre «Estar satisfecho». Lo que yo deseo es ser rica, ser buena y que todos seamos hoy una familia feliz.

Hemos cantado la siguiente canción:

La canción de mayo

*Salve, salve, alegre mes de mayo,
acudiremos a los bosques como el rayo
entre las bonitas flores, animados,
y luego de nuevo diremos salve, salve al alegre mayo,
al alegre alegre mayo
y luego de nuevo diremos salve, salve al alegre mes
de mayo.*

*Atentos, atentos, atentos al mes de mayo,
cómo los cantores gorjean en el orballo
y nosotros seremos tan dichosos como ellos
y luego de nuevo diremos salve, salve al alegre mayo
y luego de nuevo diremos salve, salve al alegre mes
de mayo.*

A mí me parece una canción preciosa y la canto muchas veces.

Jueves, 12 — Después de las clases me he puesto a planchar. Todos hemos ido al granero a descascarillar maíz. Ha sido divertido. Hemos estado trabajando hasta las ocho, con lámparas. Ha venido el señor Russell. Madre y Lizzie se marchan a Boston. Yo me quedaré muy sola sin mi querida Betty, y nadie será tan buena conmigo como Madre. He leído un libro de Plutarco. He

escrito unos versos sobre la puesta de sol:

*Desciende el sol sedoso
hasta su asiento tras el collado,
entonces, ¡ay!, entonces sentarme añoro
en la ribera musgosa del regato.*

A Anna le ha parecido precioso, pero a mí no me gusta tanto.

Viernes, 2 de noviembre — Anna y yo hemos hecho nuestras tareas. Ya bastante tarde, el señor Lane nos ha preguntado: «¿Qué es el hombre?». Estas han sido nuestras respuestas: un ser humano; un animal que tiene mente; un ser de la creación; un cuerpo; un alma y una mente. Después de una larga conversación nos hemos ido a la cama muy cansadas.

(No es de extrañar, después de despachar todas las tareas y de atormentarse las cabecitas con semejantes temas de estudio. — L. M. A.)

Una muestra de las obleas vegetarianas de Fruitlands:

*Dieta vegetariana
y dulce reposo.
Comida animal y
pesadilla.*

*Toma tu cuerpo
de la huerta,
no lo arranques
de la matanza.*

*Sin dieta carnívora
no habría lugar
para la guerra cruenta.*

*Apolo no come
carne y no lleva
barba; su voz es*

melodía pura.
El rapé no es menos rapé
aunque venga
en estuche de oro.

Jueves, 20 — Me he levantado a las cinco y después del desayuno he fregado los platos y he ayudado a Madre con las tareas. La señorita P. se ha marchado y Anna está en Boston con la Prima Louisa. Me he estado ocupando de Abba (May) por la tarde. Al anochecer le he hecho unas cosas muy bonitas a mi muñequita. Padre y el señor L. han tenido una charla, y Padre nos ha preguntado si *nosotras* veíamos alguna razón por la que tuviésemos que separarnos. Madre quería, está cansadísima. A mí me gusta todo, menos la escuela y el señor L.

Once años. Jueves, 29 — Hoy ha sido el cumpleaños de Padre y también el mío. Nos han hecho regalos muy bonitos. Hemos estado jugando en la nieve antes de ir a la escuela. Madre nos ha leído «Rosamond» mientras cosíamos. Por la noche, Padre nos ha preguntado qué defecto nos molestaba más. Yo he respondido que mi mal carácter.

Le he dicho a Madre que me gusta que escriba en mi libro. Ella me ha dicho que pondría más cosas y ha escrito esto para ayudarme:

Querida Louey:

Tu caligrafía está mejorando muy rápido. Esfuérzate mucho y no tengas prisa. Quiero que incluyas tus observaciones sobre nuestras conversaciones y tus propios pensamientos. Eso te ayudará a expresarlos y a entenderte a ti misma, ahora que estás creciendo. Recuerda, hija mía, que un diario debería ser la quintaesencia de tu vida. Ojalá consigas recoger en él tu pensamiento puro y tus buenas acciones, pues al hacerlo serás, sin lugar a dudas, la hija adorada de tu madre, que tanto te quiere.

10 de diciembre — He ido a clase y he dado un paseo después del almuerzo. Padre nos ha leído un trozo de *El progreso del peregrino*, que tanto nos gusta. El señor L. está en Boston y nosotras tan contentas. Por la noche Padre y Madre y Anna y yo hemos tenido una larga conversación. Yo estaba muy triste y todos hemos llorado. Anna y yo hemos llorado luego en la cama, y yo

le he rezado a Dios para que nos mantenga unidos a todos.

[Las siguientes entradas adicionales del manuscrito de Walpole empiezan en diciembre y continúan hasta la Navidad de 1843. Los poemas del final no están fechados.]

[...] sido antipática con los niños y haber desobedecido a Madre y a Padre.

Sábado, 23 [diciembre] — Por la mañana Madre se ha marchado al Pueblo y yo he ido a clase, y luego he ayudado a Annie a preparar el almuerzo. Después de eso Madre ha llegado y Annie se ha ido a hacer un recado para Madre donde el señor Lovejoy; nos hemos quedado un ratito para ver al bebé. Yo a menudo deseo tener un hermanito, pero como no lo tengo intentaré estar satisfecha con lo que tengo (como dice Madre, si no estamos satisfechas con lo que tenemos, nos será arrebatado) y yo creo que es muy cierto. Cuando hemos regresado de casa del señor Lovejoy, hemos estado jugando hasta la hora de la cena. Por la noche hemos jugado a las cartas y cuando me he ido a dormir estaba contenta porque he sido obediente y amable con Padre y Madre y cariñosa con mis hermanas, y ojalá fuera así de cariñosa siempre.

Domingo, 24 — Después de desayunar Padre ha partido para Boston. Cuando se ha marchado he estado un rato leyendo y escribiendo hasta el almuerzo, y después de comer he fregado los platos y después he preparado unos regalos para Navidad. Por la noche he leído un rato y ha venido el señor Palmer con su hijo Thomas; yo no me he ido a la cama hasta las 10.

Día de Navidad de 1843

Lunes, 25 — Me he levantado temprano y me he sentado un ratito mirando los bombones de mi calcetín; este es el poema que mi madre me ha escrito.

Rimas navideñas

*La Navidad ya llegó,
Louisa, corazón,
¡Seamos pues
felices y libres!*

*Que Dios contigo siempre siga,
con el amor por guía
mejorarás con el tiempo
y con corazón y con esfuerzo.*

Esta es una canción que ella cantaba cuando empezó a viajar a la Ciudad Bella.

1

*Bendito sea el día en que empecé
a peregrinar,
y bendito sea el hombre
que me empujó a este afán.
Pasó mucho tiempo hasta que empecé
a querer vivir por siempre,
ahora voy a todo correr,
mejor que nunca es que tarde se acierte.
Oponemos lágrimas al gozo, miedos a la fe,
nos parece evidente,
así nuestro comienzo (como un solo orbe)
señalará nuestro desenlace.*

1

*Al Peregrino, ¿qué peligro lo acecha?,
¿cuántos enemigos tiene?
El pecado tiene muchas maneras,
ningún alma mortal contarlas puede.*

2

*Algunos se pudren en la cuneta, leré,
y se revuelcan en el barro;
otros, aunque esquiven la sartén
en la fogata se meten de un salto.*

Y aquí hay otra más;

*Deleitaos con el arroyo que fluye cristalino,
recreo de peregrinos, a la vera del camino,
con los verdes prados, que regalan fragancias
y otras delicadezas, pues quien aprecia
qué dulce fruto, qué hojas le saldrán al árbol
no tardará en vender todo por comprar este campo.*

Esta es la canción del pastorcillo mientras asistía a sus padres en el Valle de la Humillación.

1

*Quien está abajo no ha de temer la caída,
ni aquel a quien pisan la soberbia;
el que es humilde siempre encuentra
de Dios la guía.*

2

*Cuanto tengo me sacia.
Poco o mucho no tiene importancia,
¡ay, Señor! Contentarme ansío más
pues así nos salvarás.*

THE CIRCUMSTANTIAL LAW.

The True Practical Socialist, being aware that Man is not a simple, but a compound, or, rather, a complex Being, whose threefold Character is formed by the threefold Law in the sympathetic, intellectual, and physical Circumstances, or Conditions, by which he is constantly surrounded, is desirous of presenting to such Law, in its several spheres, the circumstances most conducive to Man's harmonious development.

Though it be true that the CREATIVE POWER cannot properly be attributed to the CIRCUMSTANCES, because the latter term is used to designate the things which STAND ROUND something already created, yet, for as much as RESULTS can never be attained without circumstances, or conditions, or secondary causes, and it is only over these that Men individually, or socially, have any interfering power, the furnishing of suitable conditions, is a subject demanding the deepest consideration. While neither etymology, nor logic, nor truth, permits the assertion, that Circumstances form the Character; we may safely affirm that the END, or the CAUSE in CIRCUMSTANCES produces RESULTS.

The following Table is submitted as a Scheme, attempting to show the sort of conditions which should be offered in the Physical Sphere, according to the intention or desire for developing the higher or the highest natures. As a consequence it serves as a key to the interior state of any individual. Each one becomes in this manner a condition to others, for the evolution of the like nature, to that of which such conduct is an exhibition.

For the better understanding of the pure conditions, there is subjoined a hint of the present prevailing errors in each department.

Table No. 1. PHYSICAL CIRCUMSTANCES.

	AIR.	FOOD.	CLOTHING.	HABITATION.	EMPLOYMENT	EDUCATION.	RELIGION.	MARRIAGE.
Best, for the Spirit Nature. Love Conditions.	Pure Balmy Atmosphere.	Ripe uncooked Saccharine Fruits.	Linen Robes	The Tent. An unfixed Locality.	The Orchard.	Progressive Gymnastic Exercises. Growth of Nerve.	Active Benevolence. Love for the unlovely.	Union of Spirit-selected pairs in sympathetic harmony.
Better, for the Soul, or Human Nature. Light Conditions	Pure Temperate Atmosphere.	Green, or Succulent Vegetables.	Pervious and Flowing Cotton Garments; undyed.	The House: Social and scientific conveniences.	The Garden.	Progressive Gymnastic Exercises. Growth of Muscle.	Thoughtful benevolence. Thought for the thoughtless.	Co-education, or betrothment of Spirit-selected pairs.
Good, for the Body. Life Conditions.	Pure Bracing Atmosphere.	Farinaceous Grain & Pulse.	Cotton or Hempen Dress, undyed.	The Public Hall. Accomodation, Rest and Amusement.	The Field.	Progressive Gymnastic Exercises. Growth of Bone.	Practical benevolence. Bread for the hungry.	Social intercourse of Families, Races and Nations.
Bad, for all Nature. Prevailing erroneous Conditions	Ill ventilated apartments; atmosphere corrupted in coal-dust, smoke, tobacco, &c.	Fermented and Cooked Fruits, Vegetables and Roots. Flesh of Animals. Fermented Liquors	Woollen fabrics, tight and impervious to perspiration; Animal skins; Metal decorations, &c.	Towns and Cities; dirty, dense & dark; Luxurious Mansions and dilapidated Cottages.	Exchange of Commodities, useful & useless. Factory & other Slave-Labour.	Treatment of the Being as a passive blank. Routine of discipline.	Physical representations and deadening Ceremonies.	Legal Bonds. Animal Lust.

«Table of Circumstancial Law», redactada por J. P. Greaves y revisada por Charles Lane, entre 1840 y 1844 (Houghton Library, Harvard University). La tabla resume las leyes morales fundamentales de la comunidad de Fruitlands y da pautas para el comportamiento de cada individuo dentro del grupo.

Dos cartas contemporáneas
de Bronson Alcott y Charles Lane

Hemos llegado a un acuerdo con el dueño de un predio de unos cien acres, para que libere estos terrenos del yugo de la propiedad humana. En cuanto a la pintoresca belleza del paisaje que lo circunda y que desde allí se divisa, pocos sitios podrían rivalizar con este lugar. El horizonte es un semicírculo de suaves ondulaciones, y entre estas colinas, que se extienden de sur a oeste, sobresalen los montes de Wachusett y Monadnock. Las tierras del valle, que está atravesado por un afluente del Nashua, son muy apreciadas por su feracidad y por su facilidad de cultivo. Diversos bosquecillos de nogales, arces y pinos les sirven de adorno, y varios riachuelos las irrigan. Aunque no dista ni treinta millas de la metrópolis de Nueva Inglaterra, esta reserva se esconde en un cañón aislado. No la invade ninguna vía pública y solo es accesible a través de un camino privado. La aldea más cercana es Stillriver, a la que se llega después de caminar veinte minutos campo a través, y casi tres millas de veredas tortuosas y escarpadas la separan del pueblo de Harvard.

Allí es donde pondremos en marcha nuestro proyecto de fundar una Familia que viva en armonía con los instintos primitivos del hombre. Los edificios, tal y como los hemos encontrado, están mal distribuidos y son antiestéticos, amén de poco prácticos, pero se utilizarán temporalmente hasta que se complete la construcción de otros que se adecuen a nuestras necesidades, además de cumplir con los requisitos del buen gusto, y que asimismo armonicen con el entorno natural. Se nos ofrece un emplazamiento excelente para erigirlos en la linde del bosque más próximo, que nos brindaría sombra y cobijo. Además, desde allí se domina una vista completa de los terrenos de nuestra rústica finca, y casi todos son susceptibles de ser roturados y explotados para la agricultura. Tenemos la intención de adornar las dehesas con huertos, y, en último término, se procurará abolir el laboreo con arado y bestias, empleando en su lugar la pala y la podadera.

La siembra y las demás faenas que debemos realizar, tanto en el interior de los edificios como en el resto del recinto, ya están en marcha y progresan de

forma adecuada. En el momento actual, la Familia consta de diez individuos, cinco de los cuales son niños, hijos de los fundadores. No tenemos por objetivo llevar a cabo una explotación tradicional y profana de la tierra. La fruta, el cereal, las legumbres, las hortalizas y las hierbas, el lino y otros productos de origen vegetal han de procurar comida y vestimenta y cubrir otras necesidades domésticas; por ello, recibirán cuidados asiduos y así mantendrán sobradamente ocupadas nuestras manos a la par que proporcionarán castas vituallas para satisfacer las necesidades del cuerpo. Consagrada a la libertad humana, la tierra está esperando recibir los sobrios cuidados de los hombres devotos.

Al iniciarse con escuetos medios pecuniarios, esta empresa toma como raíz la confianza en el socorro de la Providencia, que siempre provee generosamente. Las afinidades vitales quedan avaladas por esta alianza del campo incorrupto con personas alejadas de lo mundano, y por ende eludimos las preocupaciones y los percances de una vida entregada al lucro.

En ningún momento se negligencia la naturaleza íntima de ningún miembro de la Familia. En virtud de la confianza inamovible que nos inspira el espíritu vivo, residente en el alma, deberíamos consagrar todos nuestros talentos a propósitos santos, y abrazar la caridad en el sentido más amplio. La selecta Biblioteca (de la cual se publicó un catálogo parcial en *The Dial*, en el número XII)[3] está disponible para todos aquellos que deseen examinar sus compendios de piedad y sabiduría. Nuestro plan contempla el cultivo de todas aquellas disciplinas y hábitos que conduzcan indudablemente a la purificación y edificación de los internos. Entregados por entero al espíritu, los fundadores no prevén un incremento acelerado ni abundante de la población. Solo se accede al reino de la paz franqueando las puertas del olvido de sí, y abandonándose a la voluntad divina. La felicidad será prueba, a la par que recompensa, de nuestra obediencia a la inalterable ley del Amor.

A. Bronson Alcott,
Charles Lane

[De *The Dial*, julio de 1843.]

[3]. *The Dial*, una revista publicada a intervalos irregulares entre 1840 y 1929, fue inicialmente vehículo de expresión de los escritores trascendentalistas.

Nuestro retiro a esta finca rural, imbuidos de humilde confianza, nos ha procurado diversos coadjutores pragmáticos y ha dado lugar a muchas consultas por carta, en las que se nos solicita que hagamos explícitos nuestros principios y modos de vida. Tal vez la mejor manera de emplear provechosamente nuestras respuestas consista en transcribir aquí algunos extractos, para su información y, así lo esperamos, también para su sincera satisfacción.

... Todavía no hemos diseñado ningún programa predeterminado de operaciones diarias. Nos impregna un espíritu fiel que nos dicta lo que debemos hacer, y estamos persuadidos de que este nos revelará claramente los deberes cotidianos que debemos llevar a cabo. Allá donde abundan el Espíritu del Amor y la Sabiduría, las formas literales son superfluas, fastidiosas o un estorbo, mientras que, allá donde falta el Espíritu, ninguna regla preconcebida podrá compensar su ausencia...

De ahí nuestra perseverancia en el empeño de observar una dieta sencilla y llevar ropas sin artificio, realizar abluciones puras, habitar viviendas incontaminadas y tener una conducta franca, un comportamiento bondadoso, una actitud comprensiva y amable con el prójimo y una mente serena. Estos y otros particulares, imprescindibles para la finalidad última del paso del hombre por la tierra, configuran la Vida Familiar...

Deseamos renunciar por entero al comercio desde los primeros días. Vivero de muchas propensiones pecaminosas, se considera casi universalmente una actividad indeseable. Aquellos artículos indispensables que no podamos recolectar de la tierra con nuestras propias manos, y que por lo tanto no estén redimidos de la posesión de los hombres, trataremos de obtenerlos a través de intercambios amistosos y, en la medida de lo posible, sin el concurso del dinero.

De todas las transacciones de compraventa en las que se ha involucrado la sociedad civilizada, tal vez la más nociva sea el tráfico de la mano de obra

humana. Puede que haya un paso de progreso humano entre la servidumbre y la percepción de un salario, pero, indudablemente, hay motivos de sobra para objetar al actual régimen de contratación y rechazarlo.

En el suelo invertimos, en primera instancia, el brío y el sudor de nuestros cuerpos, y, como nuestra meta última consiste en proporcionar al mundo un modelo de cultivo autosuficiente, que no subyugue ni a los hombres ni a las bestias, ni dependa del empleo de sucios abonos, al principio nos veremos obligados a afrontar batallas y contrariedades en ocasiones formidables. Debe restaurarse el estado prístino de fertilidad de la tierra, a través del retorno anual de sus propias verdes cosechas, que servirán a la vez de benignos y vivificantes abonos. Mientras tanto, la mano del hombre y sus herramientas más sencillas no podrán reemplazar por sí solas, de manera integral, el uso de la maquinaria y del ganado. Y, mientras la agricultura siga valiéndose del ganado, resulta obvio que el hombre, amo o mercenario, seguirá siendo esclavo. La manipulación del esfuerzo de las bestias más allá de sus animales apetencias y de los límites que les impone la naturaleza; el tener que servirles de cocineros y de doncellas durante tres estaciones del año; el excesivo trabajo que supone cortar el pasto, curar y almacenar el heno y recolectar otras clases de forraje, y la gran cantidad adicional de terreno que se necesita para mantener en pie este sistema componen una combinación de circunstancias desfavorables que necesariamente causarán la depresión de los afectos humanos. En tanto que no varíen los factores mencionados, estos afectos se verán ensombrecidos debido al desarrollo injurioso y desmesurado de los instintos más brutales del hombre. Se calcula que, de no consumirse alimentos de origen animal, un cuarto de la tierra que hoy está en uso bastaría para satisfacer el consumo humano. Y las extensas fincas rústicas que actualmente son cautivas de los pastos, de la producción de heno y de otras necesidades del ganado podrían ser cultivadas por y para nuestros inteligentes y entrañables vecinos humanos. Con demasiada asiduidad, la pocilga y el establo reclaman más atenciones del granjero que su huerta o sus hijos. No hay esperanza para una humanidad en la que la mujer reprime los tiernos cuidados que la adornan a ella misma y su hogar por mantener la despensa surtida de lácteos y de carne. Si las bestias estuvieran del todo ausentes en la

sociedad de los hombres, la población humana podría ser al menos cuatro veces más densa que ahora, sin necesidad de subir el precio de la tierra. Esto otorgaría al campo todas las ventajas de la aglomeración, sin los vicios que siempre surgen en las ciudades densamente pobladas.

El empleo obsceno tanto del manto terrestre como del cuerpo humano es consecuencia de esta forma de ganadería. El flagelo de las cosechas azota la tierra, que se ve obligada a nutrir a los animales, y se utilizan sus nauseabundos estiércoles presumiendo erróneamente que restablecerán la fecundidad perdida. La enfermedad se inoculará así en el cuerpo humano, y, para mitigar el malestar, se recurre a los estimulantes y medicamentos, que a su vez precipitan la caída del mal original por una sima todavía más catastrófica. Estas calamidades, que interesan no solo al cuerpo, sino que por reacción se van elevando e invaden también la esfera anímica, podrían evitarse, al menos en parte, con la renuncia a la comida de origen animal. En consecuencia, la índole de nuestra dieta es estrictamente limpia e incruenta. No contamina nuestras mesas ni corrompe nuestros cuerpos ninguna sustancia animal: ni carne, ni mantequilla, ni queso, ni huevos ni leche; tampoco probamos el té, el café, la melaza o el arroz, pues con ellos nace la tentación de acabar traspasando las fronteras del consumo autóctono. Nuestra única bebida es el agua pura de manantial. Los granos de la zona, así como la fruta, las hierbas y las raíces comestibles, aderezados con una higiene extremada y teniendo en consideración el fin último de edificar un organismo saludable, nos proporcionan las comidas más placenteras, y además lo hacen con la inmensa variedad que requiere el abastecimiento de los distintos órganos. El campo, el huerto, el jardín, con su abundancia de productos como el trigo, el centeno, la cebada, el maíz, la avena, el mijo, las manzanas, las peras, los melocotones, las ciruelas, las cerezas, las grosellas, las fresas, las patatas, los guisantes, las alubias, las remolachas, las zanahorias, los melones y otros frutos hortenses, nos ofrecen un rico tesoro para la nutrición humana. Gracias a ellos no dependemos de los climas exóticos, ni de la degradación que es inherente al transporte ultramarino y al comercio. La variedad casi inagotable que ofrecen las frutas y hortalizas en sus distintas etapas de crecimiento, junto a las diversas maneras de cocinar los víveres, responden

sobradamente a la pregunta que a menudo formulan aquellos que nunca se aventuraron en la región de la dieta casta y pura: «Y, si renuncias a la carne de animal, ¿de qué vas a vivir?».

El resto de nuestros hábitos domésticos armonizan con los de la dieta. Nos levantamos al amanecer y empezamos la jornada con un baño frío, al que sigue una lección de música y luego un austero tentempié. Cada cual es libre de elegir sus quehaceres hasta la comida meridiana, y entonces, por lo general, mantenemos alguna conversación de profundo calado, lo que procura descanso al cuerpo y ejercicio a la mente. Tareas de diversa índole, dependiendo de la época del año y del estado de la atmósfera, nos ocupan al aire libre o dentro de casa hasta el ágape vespertino, momento en que nos congregamos nuevamente. Esta comunión con el grupo se prolonga por lo general hasta que se pone el sol, y entonces nos entregamos al dulce reposo, que nos da fuerzas para afrontar las actividades de la jornada siguiente.

En esta etapa de la reforma no dependemos tanto del razonamiento científico o de la destreza fisiológica como de los dictados del Espíritu. El alma pura, regida por la ley de su propia naturaleza, adopta una dieta pura y costumbres irreprochables, y no necesitará tampoco que nadie la instruya en sus conductas cotidianas. Al examinar nuestro proceder, y si nuestro ejemplo concreto no discurre por una senda errada, se diría que la mayor parte del deber del hombre consiste en renunciar a muchos de los hábitos que tiene por comunes y corrientes. Solo ayunando de estas actividades ordinarias en lugar de gratificarnos a través de su disfrute, y manteniéndonos permanentemente alerta, propenderemos a la vida nueva. ¿Podré saborear un traguito de té o de café?, rezo tal vez una consulta. No. Abstente de *todo* lo ardiente, así como de las bebidas alcohólicas. ¿Podré consumir cerdo, ternera o cordero? No, si valoras tu salud o tu vida. ¿Podré estimularme por medio de la leche? No. ¿Podré calentar el agua en que me baño? No, si tienes en estima la jovialidad. ¿Podré abrigarme con muchas prendas? No, si tu objetivo es la pureza. ¿Podré prolongar mis horas de vigilia después de que anochezca, consumiendo aceites animales y perdiéndome así la luz del día siguiente? No, si pretendes tener una mente despejada. ¿Podré enseñar a mis hijos los dogmas que me infligieron a mí, bajo el pretexto de que les estoy

transmitiendo la verdad? No: si los amas, no te entrometas entre ellos y el Espíritu de toda la Verdad. ¿Podré subyugar a las reses? ¿Podré practicar el comercio? ¿Podré reclamar la propiedad de algún ser de la creación, sea el que sea? ¿Podré interesarme por la política? ¿A cuántas de estas preguntas, si pudiéramos plantearlas con suficiente hondura, y si pudieran ser escuchadas como algo relativo a nuestro bienestar eterno, responderíamos con un «Abstente»? No seas tan activo a la hora de hacer, sino sincero en el *ser*. Ser por encima de hacer, esa es la gran meta a alcanzar, y a ella llegaremos profesando una voluntad resignada, nunca entregándonos a la actividad caprichosa, pues esta última es, en verdad, un obstáculo para todo crecimiento divino. La abstinencia en lo externo es señal de plenitud interna, y la única fuente de auténtico progreso está dentro de nosotros. Podemos consagrarnos con entusiasmo a mejorar las condiciones de la vida humana, pero tales mejoras, a menos que vengan impelidas desde el interior y en la dirección idónea, nunca redundarán en el progreso divino de los hombres, sino que por el contrario tenderán a entorpecerlo. Mientras estaba siendo pronunciada, esta narración ha sufrido algunos cambios en su idiosincrasia expresiva y podría ofender al ojo hipercrítico, pero no nos cabe la menor duda de que usted la aceptará de buena fe, como la ofrenda candorosa de dos de sus amigos, cuya aspiración no desfallece.

Charles Lane,
A. Bronson Alcott

[De una carta publicada en *Herald of Freedom*, 8 de septiembre de 1843.]

Posfacio

Hojas y materia vegetal[4]

por Pilar Adón

[4] «¿No soy en parte hojas y materia vegetal?» Walden, Henry David Thoreau.

El deseo de vivir en un mundo ideal, de generar una sociedad ideal, sin las indignidades vinculadas a los gobiernos de cada época, ha desembocado en la concepción y organización de todo tipo de comunidades paralelas, más o menos concurridas y eficaces, regidas por sus propias normas y basadas en sus propios códigos morales, religiosos y sociales, que, con el devenir de los años (algunas más años que otras), han demostrado lo difícil que resulta que un ser por definición imperfecto como lo es el hombre pueda establecer, dirigir y vivir en una entidad que se desea perfecta, pero que, a la postre, está formada por esos mismos seres imperfectos. La confianza en que un organismo complejo pueda ser distinto (mejor) a los miembros que lo componen se ha revelado casi siempre (uso «casi» por gentileza y por pura resistencia a aceptar la triste realidad) como una pretensión cándida e ingenua que roza lo absurdo cuando no lo temerario. Fruitlands es solo un ejemplo de ese numeroso grupo de comunidades que a lo largo del siglo xix se establecieron en los Estados Unidos y que fracasaron, y el relato de Louisa May Alcott sobre lo sucedido es un caso más de transformación y elaboración literaria, similar al que, por poner un ejemplo cercano en tiempo y materia, Nathaniel Hawthorne realizó en su novela *La granja de Blithedale* (1852), donde da cuenta de lo ocurrido en la comuna de Brook Farm, de la que fue miembro fundador.

Precisamente fue tras conocer la experiencia de Brook Farm cuando se gestó la de Fruitlands. En la década de 1840 se asentaron más de ochenta comunidades de este tipo, cada una con sus peculiaridades, en los Estados Unidos, pero si en algo destacó la de Brook Farm, fundada en 1841 en Massachusetts por George Ripley, un pastor unitario de Boston, fue en ser la primera claramente secular. Sus fundadores deseaban que sus integrantes se

liberaran de las servidumbres del capitalismo, que cuidaran la tierra juntos y compartieran los frutos de su esfuerzo sin distinción entre hombres y mujeres. Pretendían descargarse de la dura competitividad de la industrialización y que sus miembros trabajaran lo menos posible para disponer de más tiempo que dedicar al desarrollo intelectual y espiritual. La alta cultura era su meta, ya que los logros literarios y científicos que consiguieran ellos se extenderían al resto de la sociedad, y así la humanidad entera saldría beneficiada. Ralph Waldo Emerson, el propio Hawthorne, Henry David Thoreau, Margaret Fuller y Elizabeth Peabody frecuentaron Brook Farm y, ciertamente, cultivaron el intelecto, pero no tanto los bienes básicos para la subsistencia diaria. Como sucedería en Fruitlands, desatendieron los asuntos prácticos, y Ripley optó por reclutar a más granjeros que pensadores, lo que no agradó a todos. De entre los setenta u ochenta integrantes de la comunidad, la mayoría eran profesores, pero también hubo un buen número de granjeros y operarios. Finalmente, los problemas económicos y las discusiones internas erosionaron la buena marcha del grupo y, en 1846, tras un incendio, la granja se vendió.

Libertad de pensamiento, libertad de acción, búsqueda de la felicidad, realización personal... Con la intención de reformar y regenerar la sociedad americana de la época, abocada a la autodestrucción por culpa del consumismo y la urbanización feroz, hombres como Amos Bronson Alcott y Charles Lane (los Abel Lamb y Timon Lion de la historia) decidieron volver la mirada hacia las formas más básicas de la existencia y, en principio, las más sanas, con el objetivo de crear una comunidad que no se basara en los preceptos del capitalismo («El costo de una cosa es la cantidad de vida que hay que dar a cambio de ella», decía Thoreau) y no estuviera contaminada por las servidumbres de la revolución industrial. Amos Bronson Alcott era un hombre extremo, indisciplinado, más interesado en la reflexión que en la acción. Su amigo y mentor Ralph Waldo Emerson escribió sobre él: «Se deleita en la especulación y está muy bien dotado para esta labor, armado de un vocabulario copioso, preciso y elegante... hasta el punto de que no conozco a ningún hombre que hable tan buen inglés». Pero también: «Su vicio, un vicio intelectual, es aquel al que casi todos los espiritualistas son

propensos: cierta tendencia a abismarse en el pensamiento íntimo, que produce monotonía en la conversación y egotismo en el carácter. Por desgracia, nunca pierde de vista su personalidad al conversar. Nunca cita; nunca hace referencias; su única ilustración es su propia biografía. Ayer su tema fue Alcott el día 17 de octubre; hoy, Alcott el 18 de octubre... Para mí, este noble genio desprestigia la genialidad. No quiero que existan más personas así».

Amos Bronson Alcott aspiraba a descubrir lo Absoluto. Quería llevar a cabo una reforma en la Vida del Hombre, y decidió no conformarse con las elaboraciones teóricas, aunque a lo que tendía de manera natural era al discurso y a la especulación, mucho más que a la acción. De origen humilde, nació en una granja en Connecticut y a los diecinueve años ya estaba vendiendo baratijas, libros y enseres domésticos de forma ambulante. Lector voraz, siempre autodidacta, sentía devoción por Platón y Coleridge, y aspiraba a ser profesor en una escuela mejorada, reformada, en la que las aulas estuvieran repletas de objetos hermosos que embellecieran el ambiente e inspiraran a los alumnos. Finalmente, consiguió cumplir su sueño de dar clase, y llevó a la práctica un método de enseñanza que no convenció a todos sus conciudadanos y que se basaba en el diálogo socrático y en el desarrollo particular de las capacidades de cada niño. Para él era muy importante que los estudiantes pensarán por sí mismos y llegaran a sus propias conclusiones. En mayo de 1830, mientras seguía siendo maestro en Boston, se casó con Abigail «Abba» May, hija del coronel Joseph May, un hombre acaudalado de la zona. El matrimonio no resultó muy ventajoso para ella en lo que se refiere a lo económico, ya que Alcott no tenía mucho que ofrecerle en ese aspecto, pero Abba May había cumplido ya los treinta, y a esa edad albergaba pocas esperanzas de casarse y formar una familia.

Alcott fue siempre una figura controvertida: para unos, un gran hombre, un sabio, un erudito; para otros, un soñador, una persona poco práctica, por no decir un charlatán. En otoño de 1834 fundó la Temple School, llamada así porque estaba ubicada en el interior del templo masón de Tremont Street, en Boston, y llenó las salas en las que se impartirían las clases de muebles hermosos, libros, bustos de Sócrates, Shakespeare y Milton, porque para él

era fundamental que los niños percibieran la belleza de los frutos de la ciencia y del intelecto. Pero alguien tenía que pagar todos aquellos objetos, y sus ingresos no solían ser muy elevados. Emerson habló con Alcott por primera vez en la casa de este, en Boston, en el año 1836, y a partir de ese momento, y gracias a las muchas conversaciones que mantuvieron con posterioridad, descubrió en él un entusiasmo por la erudición con el que conectó de inmediato. El filósofo y ensayista deseaba encontrar hombres que hubieran llegado a sus mismas conclusiones y que, como él, fueran críticos con la sociedad contemporánea y creyeran que la verdadera libertad del individuo se conseguiría a partir de la intuición y la observación de la naturaleza. La suya fue una gran amistad, y Emerson siempre le ayudó, económica, social y literariamente. Leyó sus manuscritos, los revisó, le aconsejó al respecto y le animó a perseverar y a seguir adelante incluso después de haber recibido críticas terribles tras la publicación de algunas de sus obras, que fueron parodiadas y tachadas de imprecisas, grandilocuentes, afectadas, incluso vacías. A su autor se lo calificó de «pedagogo visionario» y «lerdo».

Emerson lo defendió una y otra vez, aunque siempre fue consciente de que la voluntad de Alcott tendía más al discurso que a la acción, y que era mejor orador y conversador que escritor. De él dijo: «No tiene vocación para el trabajo manual, y si bien lo predicó enérgicamente durante un tiempo, y se esforzó por practicarlo, pronto descubrió que no tenía aptitudes para ello y que suponía una cruel pérdida de tiempo. Le deprimía el ánimo hasta llegar a las lágrimas». Fue mejor ideólogo que ejecutor de lo ideado, y Emerson supo desde el principio que el proyecto de Fruitlands terminaría fracasando. El 4 de julio de 1843, visitó la comuna, vio que los campos estaban sembrados y anotó en su diario: «Parece que les va bien en julio; ya veremos en diciembre».

2

Ralph Waldo Emerson, «el sabio de Concord», estudió Teología en Harvard

y fue ministro de la Iglesia unitaria. Muy influido por los románticos alemanes e ingleses, así como por el hinduismo, fue el introductor del Romanticismo en los Estados Unidos y uno de los padres de la literatura norteamericana (no todos los filósofos escriben bien, pero Emerson sí lo hizo, y se convirtió en el escritor de cabecera de Borges), así como el fundador del trascendentalismo. Produjo casi toda su obra en Concord, una ciudad rodeada de bosques, y, cuando Amos Bronson Alcott (animado por él) se trasladó allí con su familia en la primavera de 1840, tras el fracaso en 1839 de la Temple School, los acogió a todos con una generosidad que no solo se extendió a lo económico, sino también, como ya se ha dicho, a lo literario, lo social y hasta lo psicológico. Con el tiempo pondría su biblioteca a disposición de una joven Louisa May Alcott, que leería sus libros de manera voraz.

Muchas de las frases de Emerson podrían servir en la actualidad como citas introductorias para cualquier libro de autoayuda. Su claridad expositiva, su manera directa de presentar sus argumentos han hecho que sus ideas puedan parecer fáciles, ligeras. Frases como: «Mora en las regiones simples y nobles de tu vida, obedece a tu corazón», «El hombre de genio retorna a lo esencial», «Lo que, desde un punto de vista intelectual, llamamos razón, en relación con la naturaleza lo llamamos espíritu. El espíritu es creador. El espíritu tiene vida en sí mismo» o «El verdadero filósofo y el verdadero poeta son uno, y la belleza, que es la verdad, y la verdad, que es belleza, son el objetivo de ambos» apuntan directamente a las que eran sus creencias más puras y esenciales, que expuso de una manera igualmente pura y esencial. Para Emerson la conciencia de cada individuo resultaba idéntica a la conciencia del mundo, y confiaba en el alma autosuficiente e independiente del hombre: «Afirma tu personalidad y no imites jamás. Siempre podrás presentar tu talento con la fuerza acumulada por la dedicación de toda una vida, pero sobre el talento que adoptes de otro solo serás depositario a medias».

Buscaba la armonía entre la naturaleza y el espíritu, lo infinito y lo concreto, y defendía que lo particular era universal y lo universal, particular. El trascendentalismo fue un movimiento filosófico, político y literario basado en el individuo, en la unidad de la Creación y en la bondad primordial de

todo ser humano, y, aunque sus preceptos nunca constituyeron una doctrina sistematizada, sus valedores y partidarios los publicitaron mediante sus propios escritos y sus muchas conferencias por los Estados Unidos y por Europa, alcanzando una influencia enorme en la literatura, el arte y el pensamiento americanos, entre otros motivos porque los independizó de los adoctrinamientos culturales que llegaban del otro lado del Atlántico. Además, por primera vez, las mujeres jugaron un papel importante como parte sustancial de una corriente preponderante en su época: Elizabeth P. Peabody trabajó con Amos Bronson Alcott en la Temple School, y sería en la librería que abrió en su casa de Boston donde se celebrarían las «Conversaciones» organizadas por Margaret Fuller, que merece una mención especial: periodista, escritora y activista por los derechos de la mujer, además de editora de *The Dial*, la revista que sirvió de plataforma para el trascendentalismo, trabajó también en la Temple School de Boston, y fue la primera mujer que pudo entrar en la biblioteca de la Universidad de Harvard para documentarse sobre los pueblos nativos, de los que escribiría ampliamente. Había conocido a Emerson en Cambridge en agosto de 1835, y perteneció a su grupo de intelectuales de Concord, rechazando, como ellos, el capitalismo y las convenciones sociales establecidas, y propugnando un estrecho contacto con la naturaleza como modo de perfección intelectual y espiritual.

Con el paso del tiempo, el trascendentalismo sufriría una peligrosa transformación propiciada por posturas extremistas que proclamaban como válidas las declaraciones más extravagantes de algunos iluminados sobre las capacidades de la intuición y la percepción humanas. Dado que el hombre podía trascender lo que percibía por los sentidos, llegar más allá de las sensaciones y alcanzar las zonas más elevadas del espíritu, capaz de expandirse hacia la inmensidad de la creación, muchos creyeron que todos los males de la sociedad se curarían mediante el misticismo, la simple contemplación y la exaltación de lo espiritual. Sin ir más lejos, el idealismo de Alcott era demasiado radical para Emerson, que se resistía a reconocer sin reservas su concepto único de la realidad y la espiritualidad. Curiosamente, el propio Alcott recibiría el apelativo de «máximo místico del grupo de los

trascendentalistas».

3

Amos Bronson Alcott siempre mostró un gran interés por el pensamiento y la manera de actuar de los niños, y solía anotar sus impresiones sobre la conducta de sus hijas en un manuscrito que aumentaba día tras día. Una de sus entradas decía: «Nada está completo hasta que se ha representado. Un hecho es espíritu que ha concluido su misión, logrado su fin, que se ha revelado por completo». Ese «hecho», en el caso de Alcott, iba a ser Fruitlands.

A principios de 1841, tras la muerte del padre de Abba May, la familia recibió en herencia tres mil dólares, lo que podría haber servido para aliviar su apurada situación económica, pero la suma desapareció en manos de los acreedores que reclamaban el pago de las deudas de la Temple School, y Alcott volvió a sumirse en una de sus crisis, como la que se narra al final del relato escrito por su hija.

Con la intención de estimular a Alcott y liberarlo de la tensión física y emocional en la que se encontraba tras sus muchas frustraciones, Emerson decidió reunir fondos propios e incrementarlos con las aportaciones de diversos donantes para sufragarle un viaje a Inglaterra. El propósito era que conociera a un grupo de seguidores que habían establecido en Surrey una comunidad llamada Alcott House, en la que existía también una escuela que seguía el modelo de aprendizaje propugnado por él. La escuela de Surrey favorecía el desarrollo del talento natural y los dones espirituales de cada niño, además de enseñar la parte práctica y no solo teórica de materias como la jardinería y la cocina. Con el fin de alcanzar el desarrollo espiritual y la purificación plena, los miembros de la Alcott House se sometían a un régimen diario profundamente austero que consistía en levantarse muy temprano, comer solo alimentos crudos, practicar el celibato y llevar una vida sencilla. Los hombres se dejaban crecer el pelo y la barba mientras que las mujeres abandonaban los esclavizantes corsés.

En mayo de 1842, Alcott zarpó rumbo a Inglaterra y una vez allí, tras haber visitado la Alcott House, convenció a dos de sus miembros para que viajaran con él a los Estados Unidos. Charles Lane, con su hijo William, que por entonces tenía diez años, y Henry G. Wright, uno de los profesores de la comunidad, cruzaron con él el océano en otoño de 1842, y se instalaron en la casa familiar, que era justo lo que le faltaba a la ya agobiante situación económica de los Alcott para ser más agobiante aún. Desde el primer día, los hombres se entregaron a sus elucubraciones y proyectos, y ni el propio Emerson se sentía cómodo en medio de tanta cháchara. Al respecto escribió que eran «muy poco metódicos, ignorantes, imperfectos y caprichosos para esperar progreso alguno de su parte».

Wright no tardó en irse, pero Lane (Timon Lion en la historia), un hombre alto, de aspecto riguroso y expresión severa, parecía estar a sus anchas en medio de tanta estrechez. Él mismo impuso una dieta aún más estricta que la que ya tenían (Alcott seguía una dieta vegetariana y no tomaba carne, huevos, queso, mantequilla ni leche; solo pan, cereales, fruta y verdura), y la mantuvo hasta que se fue de Fruitlands.

4

Para llevar a la práctica todas aquellas aspiraciones, Charles Lane saldó las deudas que Alcott tenía en Concord y compró una tierra de trescientos sesenta y cinco mil metros cuadrados cerca de Harvard, Massachusetts, al noroeste de Concord, por la que pagó en mayo de 1843 mil quinientos dólares. Decidió abonar esa cantidad, de los mil ochocientos dólares que costaba en total, porque a los Alcott les resultaba imposible asumir nada en ese momento, y llegaron al acuerdo de que la familia iría pagando lo que faltaba a lo largo de un periodo de dos años. En el precio de la compra se incluía el uso de una granja destartalada, de color rojo, y allí se trasladaron todos el día 1 de junio.

Fruitlands se estableció en 1843, y la crónica de Louisa May Alcott, que por entonces tenía diez años (cumpliría los once el 29 de noviembre), se

publicó el 18 de diciembre de 1873, tres décadas después de que la aventura llegara a su fin. El tono irónico de su relato, el humor con el que pone de manifiesto la nula experiencia en materia agrícola de su padre y de los otros teóricos, que, por otro lado, tampoco hicieron mucho por aprender, facilita a los lectores de hoy la comprensión de lo que realmente sucedió en Fruitlands. Ella no compartió el misticismo contemplativo del grupo, su extremismo, y en este texto parece burlarse de los personajes y de sus aspiraciones utópicas. Cuando el profesor William Torrey Harris le propuso que escribiera una biografía de su padre, ella respondió: «Nunca he terminado de entender en qué consistía su filosofía [...]. Aunque él vio cómo algunos de sus ideales se llevaron a la práctica, y eso es mucho más de lo que conseguimos la mayoría» (respuesta extraída de una carta que se conserva en la biblioteca del Museo de Fruitlands).

Deseaban ser autosuficientes y establecieron imposiciones muy rigurosas que contrastaban con las normas (más benévolas) que se habían seguido en Brook Farm. No aceptaban ningún producto de origen animal. No podían tomar ningún tipo de estimulante. No podían producir luz artificial ni darse baños calientes ni beber nada que no fuera agua. No podían emplear ninguna forma de trabajo animal y pretendían vivir solo de los productos que cosecharan de la tierra, aunque también se negaban a usar ropas hechas de algodón, ya que provenía de un trabajo esclavo, ni de lana, ya que se la quitaban a las ovejas sin su consentimiento. Tampoco querían comer lo que brotara por debajo de la tierra, como las patatas. Los hombres se pasaban el día filosofando, y, por tanto, las mujeres no podían disfrutar de las ventajas de la vida en la comunidad, ya que eran ellas las que se dedicaban a las labores del hogar y a las de la tierra. La distribución igualitaria de las tareas tanto físicas como mentales, y de sus beneficios, era un criterio que en Fruitlands no se cumplió jamás. Alcott y Lane se dedicaban a pasear y a viajar, a disertar y a dar conferencias, cuando deberían haber estado más centrados en la tierra, vigilando los cultivos. Anna y Louisa, de doce y once años, se convirtieron en las principales ayudantes de su madre, y el propio Lane le escribió a Thoreau: «Es demasiado trabajo para la señora Alcott».

Cuando Emerson visitó la comunidad en verano, las cosas iban bien, pero

luego empezaron a torcerse. Surgieron serias discrepancias entre los dos fundadores, y una de ellas, de no poca importancia, apareció como consecuencia del posicionamiento que adoptó Charles Lane con respecto al matrimonio, que era para él una institución que obstaculizaba la consecución de una vida pura y noble. Quiso convencer a Alcott de que se separara de su familia y se hiciera célibe, a lo que su mujer y sus cuatro hijas se opusieron frontalmente. Durante un tiempo, Alcott se vio entre estos dos frentes sin ser capaz de decidirse, pero, por fin, Lane se unió con su hijo a la comunidad de los *shakers* (porque, al menos en teoría, simpatizaba con el concepto que sus miembros tenían de la relación —nula— que debía existir entre hombres y mujeres de cara al perfeccionamiento del espíritu), y Alcott se decantó por su familia. Abba May anotó en su diario la salida de Charles Lane el día 6 de enero de 1844 de una manera que no pudo ser más concisa: «El señor Lane se marcha con William para unirse a los *shakers* de Harvard». Por su parte, el propio Lane, a la larga, descubriría que su vocación no era la del celibato: en 1846 regresó a Inglaterra, volvió a casarse y tuvo cinco hijos, a pesar de que en su día pensara que el matrimonio era el máximo escollo para la Vida Verdadera.

Con la huida de Lane, Alcott volvió a sumirse en la melancolía, como ya le sucediera tras el cierre de la Temple School. Se tumbó de cara a la pared y se negó a comer. La comunidad había durado menos de siete meses.

5

Después del fracaso de Fruitlands, Alcott escribió: «Fue una aventura acometida de buena fe para establecer una Orden de Familia aquí en Nueva Inglaterra, con la esperanza de disfrutar de una vida pastoral con unos cuantos hombres y mujeres devotos, imbuidos de los sentimientos del antiguo heroísmo y el amor por la santidad y la humanidad. Pero ninguno de nosotros estaba preparado para llevar a la práctica la vida ideal con la que soñábamos. Así que nos separamos, algunos volviendo a los cauces establecidos, algunos amargados por la prueba, otros aplazando la realización de su sueño para un

futuro más propicio».

Como se ha dicho, Charles Lane se unió a los *shakers*, cuyos seguidores entendían que todos los males de la humanidad se derivaban de la lujuria original de Adán y Eva, de modo que hombres y mujeres, aunque tratados de la misma manera y merecedores de los mismos bienes, vivían y trabajaban en zonas separadas para evitar cualquier tentación. Eran pacifistas, preconizaban unas opiniones muy avanzadas en lo que a igualdad de género y raza se refiere, y practicaban la simplicidad en la vestimenta, el habla y las formas. Para alejarse de la perversa influencia de las ciudades, se reunían en comunidades rurales autónomas, y, dado que no creían en la procreación, tenían que adoptar niños y reclutar a nuevos conversos para que el grupo siguiera vivo. A los miembros acogidos se les ofrecía la posibilidad de quedarse una vez cumplidos los veintiún años o abandonar el lugar.

Su fundadora, Ann Lee Stanley, que proclamaba las virtudes del celibato como única vía de perfección, nació en Mánchester, Inglaterra, pero emigró a Nueva York en 1774 junto a su marido y un reducido grupo de seguidores, seguramente para huir de las consecuencias de su mensaje y sus actos en su país. Afirmaba, entre otras cosas, que tenía visiones en las que Dios le decía que el celibato y la confesión de los pecados eran el único camino verdadero para la salvación y para que pudiera establecerse Su Reino en la Tierra. Alegaba también que había logrado escapar de la muerte en múltiples ocasiones de manera milagrosa y que, al ser examinada por cuatro clérigos, estuvo hablándoles durante cuatro horas en setenta y dos lenguas distintas.

Parece oportuno incidir en las creencias de los *shakers*, ya que es la única comunidad que se ha conservado, con más o menos éxito, hasta nuestros días, aunque casi todos sus centros se han ido transformando en museos. Al principio señalábamos que el fracaso fue la pauta habitual de las muchas comunidades que se crearon en los Estados Unidos a lo largo del siglo xix, bien porque los miembros fundadores se subdividían en corrientes que, finalmente, se disgregaban de manera definitiva, bien porque la situación terminaba por hacerse insostenible y el grupo vendía sus bienes y desaparecía. En el caso de los *shakers*, a pesar de que el número de integrantes descendió de manera evidente a principios del siglo xx, cuando en

Nueva Inglaterra pasaron de las veinte congregaciones que existían en 1840 a la práctica extinción, en la actualidad hay un grupo que resiste, concretamente en Maine. En 2017 solo quedaban dos miembros, pero siguen abiertos a la posibilidad de que todo aquel que desee entrar en la comunidad pueda pedir su aceptación mediante una solicitud por correo electrónico.

6

Alcott siempre defendió la fuerza de las palabras y, aunque sus escritos no poseyeran ni la influencia ni el aliento de los de Emerson, lo cierto es que la filosofía que él se atrevió a llevar a la práctica se nos presenta perfectamente definida en los textos de este último, quien, en *Confianza en uno mismo*, escribió: «Un hombre debe serlo hasta el punto de que le sean indiferentes todas las circunstancias». Incapaz de desalentarse a pesar de los fracasos y del rechazo por parte de muchos de sus conciudadanos, a Alcott parecían resultarle «indiferentes todas las circunstancias». De hecho, solía tenerse en gran estima, excepto en los terribles momentos de crisis y abatimiento, cuando se quedaba paralizado, incapaz de actuar. En 1848, le dijo a Emerson: «Si escribes sobre el genio de Platón, de Pitágoras, de Jesús, de Swedenborg, ¿por qué no escribes sobre mí?».

La búsqueda de la belleza, el fomento de las facultades espirituales e intelectuales de cada sujeto, la importancia de la libertad, la contemplación de la naturaleza, la afirmación en ella del ser humano y la rebeldía individual ante las imposiciones sociales, tanto educativas como religiosas y sociales, fueron los pilares sobre los que se asentó su pensamiento, y a él se entregó sin reparos, sin tibieza, haciendo caso omiso de las críticas, de los consejos y hasta de los desengaños previos. Un hombre que se autoimpone la ejecución de un ideal y que parece no aprender de sus experiencias puede ser un necio o un visionario. Un insensato o un héroe. Un loco o un sabio. Su persistente fe en sus posibilidades y su actitud impenitente eliminaron cualquier ambición de bienestar que hubieran podido albergar su mujer y sus hijas, para quienes el día a día llegó a hacerse desesperante. Abba May, consciente de la

incapacidad de su marido para ganar dinero, asumió en múltiples ocasiones con su propio trabajo la responsabilidad de mantener a la familia, y son conocidos los motivos por los que Louisa May Alcott escribió *Mujercitas* y todas las obras que siguió entregando por encargo. Aun así, de su padre, después de muchas conversaciones en la cabaña de Walden, Thoreau dijo que era «el hombre de mejor carácter que he conocido».

Emerson consideraba que la prosa de Alcott no estaba a la altura de su discurso verbal. Se entusiasmaba con sus disertaciones, pero sabía de sus carencias, tanto estilísticas como técnicas. No obstante, la generosidad de Emerson se extendió en el tiempo mucho más de lo imaginable, y hoy disponemos de los propios ensayos emersonianos para detallar las ideas de un hombre que quizá pudo no llevarlas al papel con su misma limpieza y precisión literarias, pero que, en cambio, pretendió hacerlas realidad:

«En los bosques volvemos a la razón y a la fe.»

«La naturaleza es el órgano a través del cual el espíritu universal habla al individuo, y lucha por reconducir al individuo hacia él.»

Naturaleza (1836)

«Quien aspire a ser un hombre debe ser inconformista.»

«No hay ley más sagrada para mí que la de mi propia naturaleza.»

«Lo único que me concierne es lo que debo hacer, no lo que la gente crea que debo hacer. En esta máxima, tan difícil en la vida práctica como en la intelectual, reside la entera distinción entre grandeza y mediocridad. Es la más ardua porque siempre encontrarás a aquellos que creen saber mejor que tú en qué consiste tu deber. Es fácil vivir en el mundo siguiendo los dictados del mundo; es fácil vivir en soledad según nuestros propios dictados; pero el gran hombre es aquel que, en medio de la multitud, mantiene con impecable dulzura la independencia de la soledad.»

Confianza en uno mismo (1841)

Fruitlands



Massachusetts, finales de 1840. Los Lamb acaban de llegar por fin a su edén particular: una comuna que profesa la filosofía de los trascendentalistas (la de Thoreau y Emerson). Allí, planean vivir apartados del resto de la sociedad, alimentándose de la tierra y siguiendo los principios de la belleza, la virtud, la justicia y el amor. Todo parece sencillo y amigable en ese bosque lleno de intelectuales bienintencionados, pero quizá necesiten algo más que filosofía para sobrevivir: ¿cómo harán frente al crudo invierno de Nueva Inglaterra? ¿Acaso saben algo sobre el mundo del pastoreo y la agricultura? ¿Qué ocurrirá cuando lleguen las primeras tormentas? Louisa May Alcott esboza un magistral retrato del sueño de una familia que no dudó en unir sus fuerzas para hacer realidad lo

irrealizable.

Alcott, Louisa May. Nació en Germantown, Pensilvania, en 1832. Fue educada por su padre, el filósofo Amos Bronson Alcott, y varios amigos de este, como Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau. Debido a la pobreza de su familia, empezó a trabajar muy joven, haciendo de la escritura uno de sus numerosos empleos. Saltó a la fama con «Mujercitas» (1868), donde se aprecia uno de sus temas clave: la educación de las mujeres jóvenes. Escribió numerosas novelas y relatos autobiográficos como «Fruitlands» (1873). Fue una entregada defensora de los derechos de la mujer y la causa abolicionista. Murió en 1888 en Boston.

Título original: *Transcendental Wild Oats and excerpts from the Fruitlands Diary*

Edición en ebook: mayo de 2019

Copyright de la traducción © Consuelo Rubio Alcover, 2019

Copyright del posfacio © Pilar Adón, 2019

Copyright de la introducción © Julia García Felipe, 2019

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías y Luis Villén

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-20-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Fruitlands

Louisa May Alcott: una semblanza

Fruitlands

Los diarios de Fruitlands

Dos cartas contemporáneas

Posfacio

Sobre este libro

Sobre Louisa May Alcott

Créditos